NOVELA INEDITA

Serie terror
THANATOS

Alan Parker

La amante del fantasma

EDICIONES FORUM

Alan Parker

La amante del fantasma

EDICIONES FORUM

1.ª edición: abril 1985
Esta edición es propiedad de Editorial Delta,
S. A. Paseo de Gracia, 88 planta 5.ª 08008 Barcelona.

© Texto: Alan Parker
© Cubierta: Prieto - Ag. Norma

ISBN: 84-7598-094-5
Depósito Legal: M. 11.643-1985
Fotocomposición: Ungraf, S. A.
Pujadas, 77-79. 08005 Barcelona

Printed in Spain - Impreso en España, abril 1985

Las situaciones y personajes de esta novela son ficticios.
Todo parecido con la realidad es mera coincidencia.

Impresión: Gráficas Futura, Sdad. Coop. Ltda.
Villafranca del Bierzo, 21-23.
Polígono Industrial Cobo Calleja Fuenlabrada (Madrid).

CAPÍTULO 1

La primera vez que vio la mansión, de la que surgía su poderosa arquitectura entre las negras sombras de la noche, fue al apearse de su automóvil después de que éste hubiese sufrido una extraña e inesperada avería.

La enorme edificación aparecía en lo más alto de la colina y su gigantesca silueta se recortaba contra la luz de la luna.

Mónica no pudo evitar sentir un escalofrío, pero aquél era el único lugar a dónde podía dirigirse en busca de ayuda.

No había otra casa por los alrededores, todo estaba absolutamente desierto.

Armándose de valor comenzó a subir por un estrecho y tortuoso sendero. A su derecha había un bosquecillo y un poco más allá las inquietantes aguas de un pantano.

A medida que iba aproximándose a la mansión, la misma le pareció mucho mayor. Era como si se fuera agigantando poco a poco.

Vio luz en uno de los grandes ventanales, allá a lo lejos, entre los poderosos muros en los que crecía el musgo.

Una vez que hubo dejado atrás el sendero, apareció una gran explanada de piedra vista. Había un mirador cuya silueta se alzaba en la noche como un centinela oteando el horizonte.

Atravesó aquella explanada, entre cuyas viejas piedras soplaba el viento, y se dirigió al portalón de robusta madera.

Tiró del cordón de una campanilla. Unos segundos después, la puerta se abrió y apareció un sombrío mayordomo con librea sosteniendo un candelabro. Las marcadas arrugas y la palidez de su rostro, aquella mirada de cuervo, penetrante y fría, eran motivos más que sobrados para volverse atrás.

Pero Mónica hizo un esfuerzo por sobreponerse.

—¿Qué desea, señorita? —La voz del mayordomo era grave pero

agradable.

—Mi coche ha tenido una avería y quisiera llamar por teléfono al pueblo más cercano para que envíen a alguien a recogerlo.

—A estas horas no enviarán a nadie.

—¡Vaya contratiempo! ¿Qué puedo hacer?

—Me temo que nada, señorita. Únicamente esperar a que se haga de día.

—¿Hay algún sitio cerca donde se pueda pasar la noche?

—El pueblo más cercano es Susexford y está a siete millas. Pero puede quedarse aquí, si lo desea.

—¿Se refiere… en la mansión? —preguntó Mónica con un claro temor en sus palabras.

—Hay habitaciones de sobra.

—Pero…

—¿Tiene miedo? —En los pálidos labios del mayordomo asomó una burlona sonrisa.

—No quisiera causar ninguna molestia.

—No lo es en absoluto. Entre.

No le hacía ninguna gracia pasar la noche en aquel lugar, pero tampoco se la hacía pasarla en el coche y mucho menos recorrer siete millas con aquella oscuridad.

Atravesaron un suntuoso vestíbulo donde había una alfombrada escalera que conducía a las habitaciones superiores. El mayordomo dejó el candelabro sobre una consola y abrió una enorme puerta de dos hojas, acristalada. Volvió a coger el candelabro y se introdujo en un elegante salón donde encendió una enorme lámpara de gas.

—Tome asiento, señorita —le dijo el mayordomo—. Voy a avisar al señor Duque.

—¿Un… Duque? —preguntó ella con asombro.

—Sí, en efecto. El propietario de esta mansión es el Duque de Hardin.

El mayordomo hizo una leve inclinación con la cabeza y se retiró dejando a Mónica en el elegante y sobrio salón, en el que resaltaba una gran chimenea y había gran variedad de cuadros colgados de las tapizadas paredes.

Miró a su alrededor.

El tiempo se había detenido allí. No existía ni el menor vestigio que pudiera hacer pensar que estaba finalizando el año 1984.

Algo llamó poderosamente la atención de la muchacha; no había instalación eléctrica. Todas las lámparas eran de gas.

—Buenas noches —oyó de pronto a sus espaldas.

Mónica se volvió con un sobresalto.

Había un hombre ante ella. Era alto, delgado, bastante apuesto. Debía de rondar los cincuenta años. Sus negros cabellos estaban peinados hacia atrás y vestía un elegante traje que a la muchacha le pareció algo anticuado. Fumaba en una boquilla de nácar que sostenía entre unos dedos largos y huesudos, en uno de los cuales lucía un grueso anillo con el sello oscuro y grabadas unas iniciales.

—Soy el Duque de Hardin —se presentó. Su voz era pausada y firme—. Pero puede llamarme señor Hardin.

—Yo me llamo…

—Mónica Simpson.

—¿Cómo lo ha sabido? —preguntó ella sorprendida.

Hardin sonrió.

Tenía una sonrisa extraña. No se podía decir que fuera desagradable pero tampoco muy agradable.

La palabra exacta era: inquietante.

—Jeremy, el mayordomo, ha ido al coche en busca del equipaje.

—¡Ah, comprendo! —exclamó Mónica algo más tranquila—. Señor Hardin, no quisiera causarle ninguna molestia. Yo…

—No se preocupe —le cortó él acercándole la mano—. Como ya le ha dicho mi mayordomo, hay sitio de sobra.

Ella estrechó aquella mano.

Estaba fría.

Exageradamente fría.

—¿Le apetece una copa de jerez, señorita Simpson?

—Es usted muy amable.

—¿Ha cenado?

Ella sonrió con cierta timidez.

—La verdad es que no me ha dado tiempo.

Él respondió:

—Magnífico. Entonces cenaremos juntos, y una vez le hubo servido el jerez a la muchacha, aquel hombre tiró de un cordón que se encontraba al lado de la chimenea.

El mayordomo apareció un instante después y preguntó:

—¿Señor?

—Prepara la mesa, Jeremy. La señorita Simpson cenará conmigo.

—Sí, señor.

—Es un jerez excelente —comentó ella mientras el mayordomo se alejaba.

—Sí, en efecto. La cosecha del cuarenta y cinco fue de las mejores.

—¿Se refiere a 1945?

—Me refiero a 1845.

Mónica estaba realmente asombrada por todo cuanto estaba sucediendo en torno a ella. No se trataba únicamente de la misteriosa e inquietante atmósfera que se respiraba en la mansión, sino de los dos personajes que la habitaban. Parecían extraídos de una novela de Mark Twain. El Duque con sus finos modales, aquella extraña indumentaria que llevaba puesta y hablando de la cosecha de 1845. El mayordomo, silencioso, pálido, moviéndose con el sigilo de un gato y vistiendo una descolorida librea que parecía alquilada para representar una obra de teatro. Pero no era sólo eso lo que inquietaba a Mónica. ¿Por qué en pleno 1984 seguían utilizándose lámparas de gas en la casa? ¿Por qué no había instalación eléctrica?

¿Era que el Duque no quería saber nada con el progreso?

¿Y qué decir de Jeremy y de su candelabro? ¿No serían un par de locos excéntricos?

Y, por si fuera poco, se había desencadenado una furiosa tormenta.

La lluvia golpeaba con fuerza los cristales de las ventanas y el fulgurante brillo de los relámpagos iluminaba de un modo intermitente el sobrio y lujoso comedor en cuyo centro había una larga mesa de caoba. En uno de los extremos se encontraba el Duque y en el otro la cada vez más asustada Mónica.

Después de una deliciosa sopa de tortuga, el mayordomo les había servido salmón ahumado con guarnición. Todo estaba riquísimo. Pero lo mejor era el vino. Tenía un sabor inigualable.

—Es de la misma cosecha que el jerez —aclaró Hardin antes de que Mónica se lo preguntara.

—¿De… 1845?

—Exactamente.

—Creo que soy la primera persona en este mundo que ha bebido un vino tan añejo —sonrió ella—. Sin duda es así, por supuesto. Recuerdo que una vez en París bebí champaña de 1937. Y entonces pensé que era una privilegiada. Cuando les diga a mis amigos que he bebido un jerez y un vino de 1845 no me van a creer.

—¿Tiene usted muchos amigos, señorita Simpson?

—Muchos.

—¿A qué se dedica?

—Soy escritora.

—Una profesión muy interesante.

—Pero dura. Sin embargo, no me arrepiento. No cambiaría mi profesión por ninguna otra.

—Yo también he escrito algo… —dijo el Duque haciendo sonar la campanilla que tenía a su lado—. Bah, unos cuentos sin importancia. ¿Le gustaría leerlos?

—Me encantaría.

El silencioso Jeremy retiró los platos sucios y sirvió el postre en una gran copa. Era una especie de compota con sabor a canela. Estaba deliciosa.

Después de la cena, el Duque llevó a Mónica a la biblioteca cruzando un largo corredor alfombrado.

Era inmensa. Las múltiples estanterías estaban repletas de viejos libros. A la muchacha le sorprendió (si es que en aquel extraño lugar podía sorprender algo) que el más moderno datara de 1886.

Hardin sacó unos manuscritos de un cajón del escritorio y se los entregó a la chica.

—Mis cuentos —le dijo—. Léalos con calma y deme su opinión.

Ella tomó asiento en una butaca, junto a la chimenea que poco antes había avivado Jeremy, y se puso a leer mientras el Duque encendía un cigarro y preparaba dos copas de *brandy*.

Le dio una a la muchacha y con la otra en la mano, tomó asiento frente a ella.

Al cabo de un momento, Mónica levantó la cabeza.

—¡Es maravilloso! —exclamó con asombro.

—¿Sí? —El Duque parecía tan asombrado como ella—. ¿A cuál se refiere?

—A este que se titula «El viejo y el halcón». ¡Es conmovedor!

—Me alegro de que le haya gustado. Es mi preferido. ¿Y los

demás?

—No me ha dado tiempo a leerlos.

—Esperaré…

Hardin se echó hacia atrás en su butaca y, con la copa de *brandy* entre manos, observó detenidamente a Mónica.

Ella no pudo darse cuenta porque estaba enfrascada en la lectura, pero una extraña sonrisa se dibujó en los labios del Duque.

Media hora más tarde, la muchacha volvió a levantar la cabeza.

—¡Es lo mejor que he leído en mucho tiempo, señor Hardin! —exclamó con sinceridad.

—¿De verdad? ¿No me está engañando?

—Nunca he leído nada tan conmovedor, le doy mi palabra. Son unos cuentos realmente maravillosos.

—Me alegro de que le hayan gustado, señorita Simpson.

—Señor Hardin…

—¿Sí?

—Si usted quisiera, yo… En fin, podría llevárselos a mi editor. Estoy convencida de que los publicaría.

—¿Usted cree?

—¡Estoy plenamente convencida de ello! Y además, se los pagarían muy bien.

—El dinero no tiene excesiva importancia…

Ella se echó a reír.

—¡Pues para mí sí que la tiene, y mucha!

—Yo tengo *todo* lo que necesito.

—Pues es un hombre afortunado.

—¿Es usted ambiciosa?

—Bastante.

—Eso puede ser bueno y malo a la vez. Depende de cómo se emplee. Pero claro, *ahora* son otros tiempos… En fin, en cuanto a mis manuscritos… creo sinceramente que esos cuentos ya están pasados de moda, ¿no le parece?

—La buena literatura nunca pasa de moda, señor Hardin. Y créame, es usted un magnífico escritor.

Él decidió:

—De acuerdo, lléveselos a ese editor.

Un lejano reloj dio once campanadas.

—Supongo que estará usted cansada —dijo el Duque poniéndose

en pie—. Jeremy la acompañará a sus aposentos.

«Aposentos», pensó Mónica «Definitivamente, es como un personaje de Mark Twain».

El dormitorio que le asignaron era muy lujoso. Sobre la cómoda había gran cantidad de figuras de todos los tamaños y, cuando fue a coger una, se vio repentinamente reflejada en un enorme espejo de plata, ovalado. Y, entonces, reparó en algo a través del cristal que le hizo darse media vuelta. Detrás de ella sobre la chimenea, había un gran cuadro en el que aparecía una bella mujer con un vestido blanco y un ramillete de margaritas entre las manos.

¡Era exacta a ella!

Se había quedado sin habla, realmente asombrada.

Se acercó al cuadro y lo estuvo contemplando con atención. Tenían el mismo rostro ovalado, los mismos ojos, la misma mirada. ¡El parecido entre ambas era sencillamente extraordinario!

¿Quién sería aquella mujer?

—Fue mi prometida —oyó de repente a sus espaldas.

Mónica se volvió, sobresaltada.

El Duque de Hardin se encontraba junto a la puerta del dormitorio. *Pero ésta estaba cerrada.*

—No le he oído entrar —dijo la muchacha sin apenas voz. Algunas veces, la presencia de aquel hombre la inquietaba. Había algo muy extraño en él.

Extraño e inexplicable.

—Se llamaba Judith.

—Era muy hermosa.

—Tan hermosa como usted, señorita Simpson —respondió el Duque mirando fijamente a Mónica—. Por eso se encuentra ahora aquí…

—No lo comprendo.

—Ya lo entenderá *algún día*.

—Ha dicho que fue su prometida. ¿No llegaron a casarse?

—No. Desgraciadamente, no… —Los ojos de Hardin adquirieron un brillo salvaje.

—¿Le dejó… por otro?

—Es una larga historia, señorita Simpson —respondió el Duque con aspereza—. He venido para decirle que si necesita algo, sólo

tiene que tirar de ese cordón. Jeremy acudirá de inmediato.

—Gracias.

—Buenas noches —Hardin abrió la puerta y después de hacer una leve inclinación con la cabeza, la cerró tras de sí.

Mónica volvió a mirar en dirección al cuadro y con una serie de preguntas revoloteando en su cerebro, se dispuso a desnudarse. Descubrió entonces que sobre la cama había un hermoso camisón. No cabía ninguna duda de que el Duque de Hardin pensaba en todo. Se quitó la ropa que llevaba y se lo puso. Luego, se acercó al espejo ovalado para mirarse en él. Era realmente precioso, pero el hecho de que hubiera podido pertenecer a la mujer de aquel cuadro, le hizo sentir un escalofrío. Se lo quitó y lo arrojó sobre una butaca.

Se metió desnuda en la cama.

La tormenta no había amainado y la lluvia seguía golpeando con fuerza los cristales.

Descubrió entonces que no había apagado la lámpara que se encontraba sobre la mesita de centro, aunque pensándolo bien era mejor no apagarla.

Sus ojos recorrieron el techo.

En el mismo había unas extrañas pinturas, en las que unos ángeles armados con enormes espadas daban buena cuenta de un inquietante dragón con media docena de cabezas.

Intentó conciliar el sueño pero le fue imposible. Tenía la sensación de que *alguien* la estaba observando.

Y no se equivocó.

¡Había una sombra al otro lado de la lámpara!

Mónica se incorporó muy asustada, tan asustada que ni siquiera se acordó de que estaba desnuda.

—No temas, Judith. Soy yo, Lewis.

Aquella sombra avanzó unos pasos.

Era el Duque.

—¡Salga inmediatamente de aquí! —gritó Mónica.

Pero Hardin no le hizo ningún caso y siguió avanzando hacia ella. En su pálido rostro se reflejaba la bondad y hasta la comprensión, pero en sus negros ojos brillaba el más exacerbado deseo.

—¡Fuera! —Mónica, atolondradamente, se había cubierto el cuerpo con la sábana—. ¡Fuera de aquí!

—No pretendo hacerte ningún daño, Judith…

Mónica intentó escapar abandonando la cama por el lado opuesto, pero de repente, se sintió atrapada por un brazo y se derrumbó hacia atrás. En ese mismo momento, sin darle tiempo a defenderse, el Duque se abalanzó sobre ella y la besó furiosamente en los labios.

La muchacha sólo fue capaz de forcejear durante unos instantes porque aquel beso y las caricias del Duque acabaron por vencerla y ni siquiera tuvo fuerzas para impedir que él la poseyese.

Durmió maravillosamente hasta las nueve. Media hora después, entraba en el salón. El Duque no se encontraba allí, pero al cabo de un momento apareció el mayordomo.

—Tiene el desayuno en el comedor, señorita.

—Gracias.

Tampoco halló al Duque en el comedor pero junto al servicio del desayuno, Mónica encontró sus manuscritos y una nota en la que decía:

«*Espero que le gusten a su editor. Y espero también volver a verla algún día. Suyo afectísimo, Lewis Hardin*».

La muchacha se volvió al mayordomo.

—¿Dónde está el Duque?

—Descansando.

Dio buena cuenta del desayuno y cogió los manuscritos.

—Su equipaje está en el coche, señorita —le anunció Jeremy.

—Pero antes tendré que llamar a alguien para que venga a repararlo.

—Ya no es necesario…

—¿Qué?

—Su coche funciona a la perfección.

—¿Lo ha llevado a algún taller?

—No.

—¿Entonces…?

Jeremy no dio una sola explicación más y echó a andar en dirección a la puerta. Ella le siguió sin comprender nada aunque podía darse el caso de que el mayordomo lo hubiese reparado.

—Adiós, Jeremy. Gracias por todo y dáselas también al señor

Duque.

—Así lo haré, señorita.

Abandonó la mansión, cruzó la explanada donde estaba el mirador cuya silueta se confundía con las inquietantes aguas del pantano, bajó por el tortuoso sendero y se metió en el coche.

Echó un rápido vistazo a los manuscritos antes de dejarlos en el asiento de atrás.

Luego, puso el coche en marcha.

Funcionaba.

Y mientras se alejaba de allí, pensó que había sido una extraña noche en compañía de unos no menos extraños personajes.

Lo único que se había borrado de su mente era que el Duque le había hecho el amor y que jamás había gozado tanto.

CAPÍTULO 2

Vivía en un pequeño pero cómodo apartamento de Oxford Street, en Londres.

Nada más llegar al mismo, se quitó la ropa y se metió en el baño. No podía apartar de su mente lo sucedido la noche anterior en aquella misteriosa mansión. No cabía ninguna duda de que el Duque de Hardin era un hombre con una gran personalidad y realmente atractivo aunque su comportamiento, su forma de ser y hasta su apariencia física fuesen un tanto raras. Pero, en fin, podía tratarse de algún excéntrico al que se le hubiese parado el reloj del tiempo.

Permaneció un buen rato en la bañera, fumando en silencio, recordando cada detalle de lo sucedido en aquella mansión.

Pensaba hablar de todo ello con su amigo, Dick Wendell.

Cuando se estaba secando delante de un espejo, descubrió algo que le extrañó. Tenía un par de arañazos a la altura del seno izquierdo. Estaba completamente segura de que era la primera vez que los veía. ¿Cómo se los habría hecho? Quizá el autor fuese Dick la última noche que se acostaron juntos. ¡Era tan apasionado! Pero eso era imposible. Habían transcurrido cinco días desde entonces y aquellos arañazos parecían mucho más recientes.

Sus pensamientos fueron interrumpidos por el timbre del teléfono.

—Diga.

—Hola, nena. Me has tenido muy preocupado. ¿Dónde diablos te habías metido?

Ella sonrió, al reconocer la voz de Dick.

—Es una larga y misteriosa historia, cariño.

—Me tienes intrigado.

—¿Por qué no vienes a cenar esta noche? Te lo contaré todo.

—Estaré ahí a las ocho en punto.

Regresó al espejo y volvió a contemplar los arañazos. A lo mejor se los había hecho la noche anterior, mientras dormía. ¡Estaba tan nerviosa!

En fin, no eran más que unos simples arañazos. ¿Por qué darles tanta importancia?

Tal y como había prometido, Dick se presentó a las ocho en punto con una botella de vino italiano.

Era un muchacho atractivo, dinámico. Trabajaba en una agencia de publicidad como ejecutivo.

Se dieron un beso y después de que Mónica hubiese dejado la botella sobre la mesa, cogió a su amigo por una mano y se lo llevó hasta el sofá.

—¿No puedes esperar un poco? —le preguntó él bromeando—. Deja al menos que me desnude.

—No se trata de eso, tonto. Siéntate. ¿Quieres un *whisky*?

—De acuerdo.

Mientras ella lo estaba preparando, Dick encendió un cigarrillo. Hacía tiempo que no veía a Mónica tan excitada. No cabía ninguna duda de que le había ocurrido algo importante.

La muchacha le entregó el *whisky* y, con otro vaso en la mano, se sentó al lado de su amigo.

—Sé que eres muy aficionado a la literatura —le dijo de buenas a primeras.

—Mucho, pero también me gustan las chicas guapas como tú.

—Estoy hablando en serio, Dick. Quiero que leas algo.

Cogió los manuscritos del Duque, que había dejado sobre una mesita, y se los dio a Dick.

—¿Y esto qué demonios es?

—Léelos.

Mientras lo hacía, Mónica fue en busca de otro *whisky* y le dio tiempo a fumarse un par de cigarrillos. Por fin, él levantó la cabeza de aquellos manuscritos.

—Bien, ¿qué te han parecido? —le preguntó ella.

—Sencillamente geniales.

—Pensamos lo mismo, Dick.

—¿De dónde los has sacado?

Mónica le contó todo cuanto le había ocurrido. Su amigo la estuvo escuchando en el más completo silencio.

Cuando la muchacha terminó su relato, él exclamó:

—¡Extraordinario!

—A mí también me lo parece —confesó ella—. Parece mentira que todavía existan personas como ese Duque y mayordomo en pleno 1984.

—Yo no me refería a eso —dijo Dick con una sonrisa bailando en sus labios.

—¿Entonces? —Mónica le observó, extrañada.

—Es una buena historia de terror.

—¡No me has creído!

—Ni una sola palabra.

—¡Dick! ¡Te he estado hablando completamente en serio!

Él movió la cabeza y se puso en pie. Se acercó al pequeño mueble bar y se sirvió un *whisky*. Cuando se volvió, ella le estaba mirando con atención, fijamente.

—Nena, que ya nos conocemos…

—¿Qué quieres decir?

—Hace algún tiempo me contaste otra historia referente a un ladrón que robaba unas joyas. Yo me la creí y tú te echaste a reír. Luego resultó que era el argumento de tu próxima novela. Esta vez no voy a caer en la trampa.

—Dick, no seas idiota. ¿De dónde crees que he sacado esos manuscritos?

—Yo que sé. Puedes haberlos comprado en cualquier tienducha del Soho.

—Creí que eras más inteligente…

—Muchas gracias.

—¡Dick, en ninguna tienducha del Soho encontraría unos manuscritos como ésos! ¡Tienen por lo menos cien años de antigüedad!

—¿Cómo lo sabes?

—Fíjate en el papel, en la tinta… ¡Oh, Dios! ¡No seas tan idiota!

Mónica le pareció tan contundente que él empezó a pensar si todo lo que le había contado podría ser cierto. Volvió a mirar los manuscritos. Ella tenía razón. El papel tenía un tacto suave y ligeramente apergaminado y la tinta había perdido su intensidad en algunas palabras, posiblemente a causa del paso del tiempo. Aquella clase de papel ya no se utilizaba, y en cuanto a la tinta…

—Nena…

—Será mejor que vayamos a cenar.

—Espera.

Ella se volvió.

—Eso te pasa por haberme engañado una vez —le dijo él sonriendo—. Además, los escritores tenéis una gran imaginación. Bien, supongamos que te creo.

—Todo lo que te he contado es absolutamente cierto, Dick.

—De acuerdo, de acuerdo… No te enfades. Te creo. ¿Y eso qué demuestra? Que a un par de chiflados les gusta vivir como hace cien años. ¿Y qué? Es cuenta suya.

—¿Y esos manuscritos?

—Bueno, podían pertenecer al abuelo de ese Duque, por ejemplo. Sólo hay una cosa que me extraña.

—¿Cuál es?

—El parecido entre tú y esa mujer del cuadro. Eso es lo único que no encaja en el rollo. Claro que… pudiste haberte fijado mal. A lo mejor tenía *cierto* parecido contigo y dado que el dormitorio estaba poco iluminado…

—¡No estoy ciega, Dick! ¡Afortunadamente no estoy ciega! ¡Esa mujer es *idéntica a mí*!

—No es la primera persona que se parece a otra. Eso no significa nada, Mónica. Yo, por ejemplo, tengo un primo en Australia que…

—¡Oh, cállate! ¡Me estás poniendo nerviosa!

Él la rodeó con sus brazos.

—Bueno, cálmate. Está bien, te creo. Todo lo que me has contado es la verdad. Dos chiflados, una cosecha de 1845, gas en vez de electricidad, unos viejos manuscritos y una mujer idéntica a ti. ¿Qué pretendes demostrar?

—En esa mansión hay algo *irreal*, Dick —respondió muy seria Mónica.

—¿Irreal? ¿Qué quieres decir?

—No lo sé…

Cenaron en silencio, apenas hablaron unas palabras porque Mónica estaba demasiado ensimismada con sus pensamientos. Por fin, ella preguntó:

—¿Crees en los fantasmas, Dick?

Él no creía en los fantasmas, ni en las reencarnaciones, ni

tampoco en la magia. A Dick le gustaba tocar con los pies en el suelo. Era un hombre práctico y moderno y estaba muy por encima de esas zarandajas. En lo que sí creía era en una mujer apasionada, dulce, cariñosa, entregada por completo a su hombre. Por eso se había enamorado de Mónica, porque reunía aquellas condiciones. Pero la Mónica que ahora tenía debajo de él distaba mucho de ser la misma de siempre.

—¿Qué demonios te pasa esta noche? —Gruñó Dick dejándose caer con fastidio a un lado—. ¡Es como hacerle el amor a una escoba!

—Lo siento, Dick.

—Está bien —volvió a gruñir él cogiendo un cigarrillo de la cajetilla que había sobre la mesita de noche—. Otra vez será. Pero ¿sabes lo que pienso? Que esa visita a la mansión te ha sentado mal. Te ha llenado la cabeza de cosas extrañas, como eso de los fantasmas. ¡Madre mía! ¡Los fantasmas no existen!

—¿Estás seguro?

—¡Claro que sí! ¡Nadie ha visto jamás a ninguno! Y por lo que a mí respecta, soy de los que si no lo ve, no lo cree.

—*Yo los he visto, Dick*.

—¡Y un carajo! ¡Lo que tú has visto es a un par de gilipollas vestidos de carnaval!

Mónica abandonó la cama, totalmente desnuda, y se encaminó hacia la ventana. A través del cristal contempló la interminable avenida con sus lucecitas parecidas a luciérnagas. A lo mejor Dick estaba en lo cierto, a lo mejor todo era producto de su fantasía de escritora.

Regresó a la cama y se puso de rodillas sobre ella.

—Quizá tengas razón, cariño —le dijo acariciando sus rubios cabellos—. ¿Me perdonas?

—Claro que sí. Un mal día puede tenerlo cualquiera, nena… — Él aplastó el cigarrillo en el cenicero y cogió a la muchacha entre sus brazos. Besándola en la boca sin dejar de acariciar sus hermosos senos, y fue en ese momento cuando descubrió los arañazos.

—¿Cómo te has hecho esto?

—No lo sé.

—Hummm… No me estarás poniendo los cuernos, ¿verdad?

—¡Claro que no! Es posible que me los haya hecho mientras

dormía.

Volvió a besarla y luego la depositó sobre la cama. Con sus manos recorrió las hermosas curvas femeninas y abrió sus piernas.

Ella obedeció sumisa.

Pero en el momento en que iba a penetrarla, Mónica le mordió salvajemente en un brazo.

Dick soltó un grito de dolor.

—¿Qué diablos te pasa? —gritó él—. ¿Es que te has vuelto loca?

Mónica se incorporó ligeramente y volvió a morderle esta vez en el otro brazo. Dick, atónito, dolorido, furioso, la abofeteó. Pero aquello, lejos de intimidarla, la enfureció aún más, y clavó sus uñas en el velludo pecho de su amigo.

Y antes, mucho antes de que él pudiera reaccionar, le mordió en el cuello y casi le arrancó una oreja. Y siguió mordiéndole y arañándole con fuerza demoníaca hasta que las sábanas se tiñeron totalmente de sangre y el destrozado cuerpo de Dick se desplomó a un lado, con los ojos muy abiertos y una expresión de terror en su rostro.

Mónica, con la boca llena de sangre, se quedó mirando durante unos instantes a su amigo.

Por fin tomó una decisión.

Le envolvió, incluidas sus ropas, con las ensangrentadas sábanas y lo arrastró escaleras abajo hasta el cuarto donde se encontraba la caldera de la calefacción.

Abrió la portezuela de la misma e introdujo a Dick en su interior.

Las llamas le devorarían en un abrir y cerrar de ojos.

Volvió a cerrar la portezuela de hierro y regresó a su piso.

Nadie la había visto.

Afortunadamente para ella, a aquellas horas de la noche no había movimiento alguno en la casa de vecinos.

Puso unas sábanas limpias y se duchó dejando que la tibieza del agua acariciara su cuerpo, secándose después y metiéndose en la cama.

Durmió de un tirón y al día siguiente no se acordaba de nada de lo que había hecho la noche anterior.

Únicamente de que Dick había estado allí. Pero luego se había marchado.

Vio la botella que él había traído y la metió en el refrigerador. Desayunó. Descubrió que existía una laguna en su cerebro. ¿Por qué se habría ido Dick? ¿Por qué no se habría quedado con ella? A lo mejor es que habían estado discutiendo por algo y él se había ido enfadado. ¡Claro! Habían estado discutiendo a causa de los manuscritos del Duque de Hardin.

Los encontró sobre la mesita y los guardó en una carpeta. Luego, cogió el teléfono y marcó un número.

—¿Está Dick? —preguntó.

—Todavía no ha llegado —la respondió la voz de una muchacha de la oficina.

Ella observó:

—Pues ya son las diez.

—Sí, es un poco raro. Suele ser bastante puntual. A lo mejor es que está enfermo.

—Está bien, le llamaré a su casa.

Colgó y marcó el teléfono del apartamento de Dick pero nadie respondió a la llamada.

Diez minutos después, con la carpeta que contenía los manuscritos del Duque de Hardin, se dirigió a su coche preguntándose dónde podría haberse metido su amigo.

El editor de Mónica era un tipo barrigudo y amable. Lucía una impecable barba, a lo santurrón, y estaba loco por la muchacha aunque nunca se lo había confesado por temor a que ella le diese con el bolso en la incipiente calvicie.

Mónica entró en el despacho del editor, repleto de libros y de plantas decorativas, y le dejó los manuscritos sobre la mesa.

—Me gustaría que leyeras estos cuentos, Paul.

El hombre les echó un rápido vistazo.

—¿De dónde los has sacado?

—Te lo diré luego, después de que los hayas leído.

—No pretenderás que lo haga ahora mismo, ¿verdad? Tengo un montón de cosas que hacer.

—No te llevará más de una hora.

—Pareces muy interesada, Mónica.

—Es que lo estoy. Creo que esos manuscritos tienen más de cien años de antigüedad.

El editor les echó otro vistazo.

—Sí —murmuró mientras lo hacía—, parecen realmente antiguos. ¿Los has encontrado en alguna tienda de libros viejos?

—Me los ha dado su autor.

El hombre levantó la cabeza y miró suspicazmente a la muchacha.

—¿Me estás tomando el pelo?

—En absoluto, Paul. Escucha, estaré esperándote en la cafetería de la esquina. No importa el tiempo que vayas a tardar en leerlos. Yo te estaré esperando.

—Dame una hora.

—Gracias, Paul. Hasta luego.

Mónica bajó a la calle y se metió en una cabina telefónica. Volvió a llamar a la oficina de Dick y la misma muchacha de antes le informó que no sabían nada de él y que comenzaban a estar preocupados.

Abandonó la cabina, pensativa. ¿Le habría ocurrido algo malo a su amigo? Si era así, tenía que haber sido después de que hubiera abandonado el apartamento de ella. Posiblemente habría sufrido algún accidente. Decidió que, si después de que hubiera hablado con el editor seguían sin haber noticias de Dick, iría a la Policía.

Una hora y diez minutos más tarde, llegó Paul a la cafetería. Mónica la estaba esperando sentada a una mesa que se encontraba al fondo del local, junto a una de las tres vidrieras que configuraban la esquina.

Se sentó frente a ella. Estaba algo pálido y visiblemente excitado.

—¡Son maravillosos, Mónica! —exclamó de buenas a primeras —. ¡Los mejores cuentos que he leído en mi vida! ¡Por todos los demonios! ¿De dónde los has sacado?

La muchacha dejó escapar una leve sonrisa antes de responder a la pregunta.

—Te lo diré a condición de que me creas.

—¿Y por qué no iba a creerte?

—Porque es todo demasiado fantástico, Paul. Por eso.

—Me tienes sobre ascuas —dijo el editor disponiéndose a encender la pipa—. Vamos, habla de una vez.

Mónica comenzó a contarle lo ocurrido y, a medida que lo iba haciendo, el rostro de Paul fue adquiriendo un alarmante color

violáceo como si estuviera a punto de sufrir un ataque hemipléjico.

—¡Por lo que me has contado juraría que has estado conviviendo con un par de fantasmas! —balbució el editor una vez que ella hubo terminado su relato.

—Yo *también* lo creo, Paul —respondió ella con toda naturalidad.

—¡Pero eso es imposible, Mónica!

—¿Por qué?

—¿Cómo que por qué? —Casi gritó el editor—. ¡Los fantasmas no existen!

—¿Estás seguro? Mira, Paul, antes de lo que me ha ocurrido en esa mansión, yo tampoco creía en los fantasmas. Pero ahora es distinto. Tengo mis dudas. ¿Qué pensarías si te hubiese sucedido a ti? Hay algo muy extraño en ese par de personajes. Extraño e inexplicable, misterioso. No son seres *reales*.

El editor se echó hacia atrás en su asiento y soltó un bufido.

—Una cosa es cierta —dijo al cabo de un momento—. Me refiero a esos manuscritos. Es indudable que son bastante antiguos aunque podría tratarse de alguna herencia familiar.

—Sólo hay un modo de salir de dudas, Paul —dijo ella.

—¿Y bien? ¿Cuál es?

—Volver allí e investigar.

—No es mala idea.

—¿Te imaginas que fueran *realmente* un par de fantasmas? —preguntó la muchacha con una sonrisa—. ¡Vaya noticia! Y tú podrías sacar un excelente partido de esos manuscritos. Te harías famoso, Paul.

—Todo esto me parece demasiado inverosímil —dijo el editor moviendo la cabeza—. A lo mejor no se trata más que de un par de chiflados a los que les gusta tomar el pelo a la gente. Escucha, ¿por qué no hablamos de todo esto con Tom Brian?

—¿El especialista en temas de ocultismo?

—El mismo.

—Bien, de acuerdo.

Lo encontraron en un soleado ático de Mortimer Street, a dos pasos del Middlesex Hospital, rodeado de libros por todas partes. Era un tipo bastante alto, desgarbado, los pómulos bien marcados, mentón firme y ojos negros como el cañón de un arma. Era de esa

clase de hombres que suelen tener éxito con las mujeres sin casi proponérselo.

Por lo menos, Mónica quedó impresionada por la fuerte personalidad de aquel individuo. Hacía oído hablar de él en algunas ocasiones en la editorial pero aquélla era la primera vez que le veía.

—¿Ha venido a reclamarme el libro, Paul? —le preguntó al editor nada más verle. Luego, miró a la muchacha—. ¿Es su nueva secretaria?

—Ni he venido a reclamarle el libro ni ella es mi secretaria, Tom —respondió el editor—. Se llama Mónica Simpson y es escritora como usted. Y en cuanto al libro, ¿cómo lo tiene?

—Se lo entregaré dentro de un par de semanas. Es bastante complejo y yo soy muy vago. Pero siéntense… donde puedan.

Quitó los libros que se encontraban sobre un par de sillas y él tomó asiento detrás de su mesa, hizo a un lado la máquina de escribir y se encogió de hombros.

Preguntó:

—Bien, ¿a qué han venido?

—Cuéntaselo tú, Mónica —dijo Paul.

Ella lo hizo. Tom Brian la escuchó con suma atención. Luego, la muchacha le entregó los manuscritos. Brian leyó uno de los cuentos y finalmente miró a sus visitantes.

—¿Y qué quieren que yo les diga? —preguntó.

—Simplemente, queremos su opinión —se apresuró a responder Mónica.

—¿Mi opinión? Pues que el cuento que acabo de leer es muy bueno y que lo otro me parece una historia bastante fantástica.

—¿Nada más? —Mónica estaba realmente decepcionada.

Brian respondió:

—Nada más. ¿O qué esperaban? ¿Qué les dijera que esos individuos son un par de fantasmas o algo por el estilo?

—Por ejemplo… —comentó ella.

—No hay nada que pueda demostrarlo de un modo fehaciente —Brian se puso en pie y fue en busca de la cajetilla de tabaco. Encendió un cigarrillo y observó a Mónica—. El comportamiento de esos dos hombres con usted fue totalmente normal. ¿Qué su indumentaria y el entorno en que viven corresponden a otra época? Es posible. Pero podría tratarse de un par de excéntricos. En cuanto

a lo de que ese vino fuese de 1845… ¿Entiende usted de vinos, señorita?

Mónica reconoció:

—No mucho.

Brian dijo con una leve sonrisa:

—Ahí tiene la respuesta. Ese Duque podría haberla engañado, ¿no?

—¿Y por qué tendría que haberlo hecho?

Brian se encogió de hombros.

—Vaya usted a saber. Quizá para divertirse un poco más.

—¿Y los manuscritos?

—Son bastante antiguos, es cierto. Por la textura del papel y el tipo de tinta, juraría que tienen un centenar de años. Sin embargo, yo podría indicarle media docena de lugares en el Soho donde no le sería difícil encontrar manuscritos incluso algo más viejos.

Paul volvió la cabeza hacia la muchacha.

—Ya lo has oído, Mónica. No creo que valga la pena investigar nada.

—Está bien —dijo ella resignada—. Será mejor que olvidemos el asunto. ¿Me devuelve los manuscritos, señor Brian?

—Déjemelos hasta mañana —le respondió él—. Me gustaría leerlos detenidamente. Después se los llevaré a su casa. ¿Dónde vive?

CAPÍTULO 3

Cuando Mónica se disponía a meter la llave en la cerradura de su apartamento, se abrió la puerta contigua y apareció su vecina. Era una mujer rolliza.

Llevaba una bata y rulos.

—Un policía ha estado preguntando por usted, señorita Simpson —le informó.

—¿Un policía?

—En efecto.

—¿Y qué quería?

La mujer se encogió de hombros. Luego, sacó un pedazo de papel de uno de los bolsillos de la bata y se lo entregó a Mónica.

—Dijo que le llame a este número.

—Gracias, señora Robson.

Nada más entrar en su apartamento, dejó el bolso sobre una mesa y se dirigió al teléfono.

Marcó el número que figuraba en el papel.

—¿El inspector Miles? —preguntó.

—Le paso —respondió una voz áspera.

—Miles al habla —se escuchó al cabo de un momento.

—Soy Mónica Simpson.

—¡Ah, sí! He ido a su casa para ver si encontraba en ella al señor Dick Wendell.

—El señor Wendell estuvo conmigo anoche pero luego se fue, inspector Miles.

—¿A qué hora fue eso?

Repentinamente, Mónica se pasó una mano por los cabellos. Lo había olvidado por completo.

—No lo recuerdo.

—Está bien, es igual.

—Inspector…

—¿Sí?

—¿Es que le ha ocurrido algo malo? Le he estado llamando varias veces a su oficina y a su apartamento pero no he conseguido dar con él.

—Por lo visto ha desaparecido, señorita. Nadie sabe absolutamente nada del señor Wendell. Nos han llamado de su oficina para que intentemos localizarle.

—Es muy extraño. Dick nunca se había comportado de ese modo.

—Es posible que necesite hablar de nuevo con usted en otro momento, señorita Simpson —le dijo el policía—. Si tiene que ausentarse de la ciudad, hágamelo saber.

—De acuerdo, inspector.

Mónica colgó y se sirvió un *whisky*. Era muy curioso lo que le estaba ocurriendo. Tenía la vaga impresión de que existía un vacío en su mente, de que en algún rincón de la misma había algo que se negaba a salir a la luz y que ese algo era realmente importante.

Una cosa era cierta y la tenía desconcertada.

¿Por qué Dick no había pasado la noche con ella? Era la primera vez que hacía tal cosa…

Se puso ropa cómoda para trabajar. Hacía varios días que no escribía y le había prometido a Paul que le entregaría la novela antes de fin de mes. Se colocó delante de la máquina de escribir, encendió un cigarrillo, bebió un sorbo de *whisky*… pero su mente estaba en blanco, totalmente en blanco.

Era mejor abandonar e intentarlo de nuevo al día siguiente.

Mónica se tumbó en la cama, con ambas manos entrelazadas en la nuca. Pensó una vez más en todo lo que le había ocurrido en aquella misteriosa mansión.

Nadie daba importancia a lo sucedido. Ni Dick, ni su editor, ni Tom Brian… Nadie. A todos ellos les había parecido una historia absurda y sin sentido. Pero ella opinaba de modo muy distinto. Algo le decía que el Duque de Hardin y su mayordomo eran dos seres que *no* pertenecían a este mundo.

De repente, vio algo en la pared que tenía delante que la hizo levantarse de la cama.

Eran un par de manchas rojas.

¡Manchas de sangre!

Aturdida, desconcertada, sin poder quitarles la vista de encima, retrocedió.

¿De dónde habían salido aquellas manchas?

Se quedó mirándolas como hipnotizada y notó que los latidos de su corazón se aceleraban…

Se aceleraban cada vez más…

Más…

Más…

Estaba a punto de gritar cuando sonó el timbre de la puerta.

El lento regreso a la realidad fue acompañado de un sudor frío que le sacudió todo el cuerpo. Cerró los ojos y respiró hondo.

El timbre de la puerta volvió a sonar.

Mónica recuperó al fin plena conciencia de la realidad y fue a abrir.

Era Tom Brian.

—¿Puedo entrar? —preguntó el escritor.

—Naturalmente —respondió ella haciéndose a un lado.

—¿Se encuentra bien?

—¿Por qué lo dice?

Mónica cerró la puerta procurando no mirar directamente a la cara de Brian.

—Está usted muy pálida.

—Estoy bien, gracias… —La muchacha forzó una sonrisa—. Veo que ya ha leído todos los manuscritos.

—En efecto. Y son realmente unos cuentos magníficos, escritos con una gran sensibilidad… más bien propia de *una mujer*.

Mónica pareció sorprendida.

—¿Una mujer? ¿Qué quiere decir?

—¿Podemos charlar un rato?

—¡Oh, claro que sí! Tome asiento, señor Brian.

El escritor se sentó en una cómoda butaca y la muchacha lo hizo frente a él colocando ambas manos sobre su regazo y las piernas bien juntas.

La mirada penetrante de aquel hombre la ponía sumamente nerviosa; tenía la sensación de que era muy capaz de desnudarla con sólo poner sus ojos en ella.

—¿Quiere un cigarrillo? —le preguntó el escritor.

—Ahora no, gracias.

—¿Le molesta que fume?

—Claro que no, señor Brian.

—No me llame «señor Brian», por favor… —sonrió él—. Somos compañeros de profesión, ¿no? Llámeme Tom. ¿De acuerdo?

Ella asintió tímidamente con la cabeza.

Brian abrió la carpeta, sacó los manuscritos y los colocó sobre la misma.

—¿Le dijo ese Duque de Hardin que era él el autor de estos cuentos?

—En efecto.

—Pues creo que le mintió. Un hombre es casi incapaz de escribir con tanta sensibilidad. Apostaría algo a que los escribió una mujer. Aunque yo podría estar equivocado, claro.

—¿Una mujer?

—Sí, por ejemplo aquella del cuadro. La que se parece tanto a usted.

—¿Y por qué tendría que haberme mentido el Duque?

—Para darse importancia o para impresionarla.

—Me parece absurdo.

Brian escogió uno de los manuscritos y se lo mostró a Mónica.

Ella ladeó la cabeza para leer el título: «Una mañana de primavera».

Miró al escritor.

—¿Qué significa?

—¿Lo ha leído?

—Los he leído todos. Tom, ¿a qué viene tanto misterio?

El escritor aplastó el cigarrillo en el cenicero y comenzó a leer por la mitad de la segunda página.

«… era realmente divertido ver a Lewis buscándome entre los arbustos. ¡Qué poco podía imaginarse que me había subido a las ramas de aquel viejo olmo y que desde allí le observaba y me reía silenciosamente de su torpeza! De pronto descubrí con horror que me había rasgado el vestido, el hermoso vestido blanco que él me regalara dos días antes. Había debido de hacérmelo al trepar a la rama. Sentí deseos de llorar y aquel juego perdió todo interés para mí. Pensé que Lewis se enfadaría conmigo pero no fue así y, para demostrármelo, arrancó algunas margaritas e hizo con ellas un

delicado ramillete y me lo entregó diciéndome: Te quiero, Judith…».

Cuando Brian levantó la cabeza del manuscrito, descubrió que Mónica había vuelto a palidecer intensamente.

—¿Qué le sucede?

—Esos nombres, Tom… —balbució.

—¿Qué nombres?

—Lewis, Judith…

—¿Qué ocurre con ellos?

—Los he oído antes en alguna parte…

—Posiblemente en la mansión.

—¡No! —La muchacha, aturdida, se puso en pie, Cerró los ojos e intentó recordar—. Quiero decir que… que el Duque no los pronunció en ningún momento… ¡Mejor dicho, sí! ¡Sí que lo hizo! Fue cuando yo estaba contemplando aquel cuadro, cuando él apareció de repente detrás de mí. «Se llamaba Judith» me dijo refiriéndose a aquella mujer. ¡Sin embargo, juraría que no dijo el nombre de Lewis y no obstante tengo la sensación de que *en algún momento* pronunció ese nombre!

—De todos modos, no creo que eso tenga excesiva importancia, Mónica —dijo Tom—. Lo que sí puede tenerla es el hecho de que en el último párrafo se haga referencia a un *delicado ramillete de margaritas* que el Duque le regala a Judith y que también aparecen en el cuadro que vio usted.

—¿Y eso qué tiene de particular, Tom?

—La coincidencia de unos hechos. ¿Sabe lo que pienso, Mónica? Que esos cuentos no son tales en realidad. ¡Son hechos auténticos!

—¿Quiere decir una especie de diario?

—Un diario escrito por Judith, y si es así, en este otro manuscrito, el titulado «Una noche de invierno», esa mujer hace referencia al odio que por ella sienten los habitantes de Susexford por el hecho de ser la amante del Duque de Hardin… Lo que ignoro es qué había de malo en ser la amante de ese hombre.

—Me parece que empieza usted a tener dudas, Tom —dijo Mónica con una sonrisa—. Lo que significa que cree en mi historia y que, por lo tanto, estuve conviviendo con un par de fantasmas.

—Yo no lo aseguraría tanto —él también sonrió—. Digamos que

la creo un poco más que al principio. De todos modos, quedan aún muchos puntos por aclarar. Demasiados diría yo. Y es que con eso de los fantasmas, hay que ir con pies de plomo. Mucha gente jura haberlos visto e incluso, como usted, haber convivido con ellos. Pero nunca se ha probado tal cosa. Sin embargo, como es un tema que me apasiona, estoy dispuesto a investigar el asunto. Pero ¿sabe qué es lo que me ha hecho realmente cambiar de opinión?

—No…

—Ese parecido entre usted y Judith. Y no me refiero sólo al aspecto físico sino a la curiosa afinidad entre ambas.

—La literatura.

—Exacto. Con lo que entramos de lleno en otra apasionante posibilidad: la reencarnación.

CAPÍTULO 4

El inspector Miles se presentó en el apartamento de Mónica cuando ésta se hallaba haciendo el equipaje.

Era un hombre alto, fornido y aparentemente tranquilo. Pero mirándole a los ojos, uno se daba perfecta cuenta de que no se le escapaba nada de cuánto ocurría a su alrededor.

—¿Se va de viaje? —preguntó.

—Sí, a Susexford. Pensaba llamarle para decírselo, inspector —respondió la muchacha.

—Ya… —Miles miró en torno suyo.

Ella preguntó:

—¿Busca algo?

—Nada de particular —respondió él con una sonrisa de circunstancias—. Es la fuerza de la costumbre.

—¿Ha aparecido Dick Wendell?

—Todavía no. Éste es un asunto que empieza a oler mal, muy mal. Temo que haya podido sufrir algún accidente y no de circulación precisamente. En realidad, hemos estado investigando en todos los hospitales y clínicas de la ciudad y no ha aparecido ningún paciente llamado Dick Wendell.

—¿Entonces?

—No quiero aventurar nada, señorita Simpson. Me dijo usted por teléfono que habían estado juntos la noche anterior y que luego el señor Wendell se había marchado.

—Así es.

—¿Estaba preocupado por algo?

—Creo que no.

—¿Lo cree?

—Bueno, juraría que no. Se comportó como siempre.

El inspector se encaminó lentamente hacia el dormitorio. La puerta del mismo estaba ligeramente entreabierta y podía verse la

maleta a medio hacer sobre la cama.

—¿Puedo echar un vistazo? —le preguntó sin volverse para mirar a la muchacha.

Ella fue a responder pero Miles ya se había abierto totalmente la puerta. Se acercó hasta la cama y señaló en dirección a la maleta.

—¿Puedo preguntarle el motivo de su viaje a Susexford?

—Está relacionado con mi trabajo de escritora y, si no me cree, puede hablar con mi editor. Inspector Miles, tengo la impresión de que sospecha de mí.

—Tengo la obligación de sospechar de todo el mundo, señorita Simpson —respondió él con gravedad—. Pero es que, además, parece ser que usted es la última persona que ha visto con vida al señor Wendell.

—Eso es como insinuar que está muerto.

—Es lo que yo creo, pero tengo que probarlo.

De repente, ella vio que el policía entornaba los ojos y que se dirigía directamente a la pared que había frente a la cama.

—¿Qué es esto? —preguntó.

—Manchas —respondió sombríamente Mónica.

—Ya lo sé que son manchas, pero parecen de sangre…

—¿Y si lo fueran?

—¿De dónde han salido?

—No lo sé.

Miró con dureza a la muchacha.

—¿No lo sabe?

—No.

El policía se dio media vuelta y se encaminó hacia el teléfono que se encontraba sobre la mesita de noche.

—¿Qué va a hacer? —preguntó ella.

—Voy a llamar a Scotland Yard y a pedir que envíen a un técnico. Hay que analizar esas manchas de sangre, señorita.

Pero Miles no llegó a tocar el teléfono.

De pronto, vio con sorpresa que Mónica se abalanzaba hacia él.

En el rostro de la muchacha había reflejado un odio indescriptible.

El policía sintió un repentino miedo y ni siquiera tuvo tiempo de impedir que ella le clávese por primera vez sus afiladas uñas en el cuello. Miles, desconcertado, dejó escapar un grito sordo antes de

que Mónica volviera a arañarle. En esta ocasión le alcanzó un ojo y estuvo a punto de arrancárselo de cuajo.

El inspector intentó sujetarla. Pero fue en vano. Aquella mujer era ahora dueña de una fuerza endiablada y lo único que consiguió fue que le atravesara la mano de un certero mordisco. Miles aulló de dolor y a continuación recibió otro mordisco en el brazo y, antes de que pudiera siquiera gritar, sintió un terrible dolor en una oreja y casi inmediatamente la vio entre los dientes de la muchacha.

Con el rostro teñido de sangre, el inspector logró empujarla hacia un lado e intentó escapar del ataque de aquella bestia.

Fue inútil.

Antes de que pudiera avanzar un solo paso, Mónica se había vuelto a arrojar sobre él. Le derribó al suelo y le mordió hasta destrozarle por completo.

Cuando hubo terminado se puso en pie, jadeando.

La sangre del policía resbalaba por las comisuras de su boca como si algo hubiera reventado en sus entrañas.

Tras dudar unos instantes, le sujetó por ambas muñecas y lo metió en un armario. Luego, cerró la puerta con llave y guardó ésta en un cajón del tocador.

Antes de continuar haciendo el equipaje, se duchó.

Media hora más tarde abandonó su apartamento sin recordar absolutamente nada de lo que había sucedido.

CAPÍTULO 5

A Mónica le producía cierto nerviosismo viajar en compañía de Tom Brian. No podía remediar aquella extraña inquietud que experimentaba cuando se encontraba cerca de él.

Viajaban por una tranquila carretera abierta entre los viñedos. El paisaje era hermoso y contribuía a ello el espléndido sol que lucía en un cielo sin nubes.

—La primavera es la estación más hermosa del año —comentó de pronto Tom—. ¿No opinas lo mismo?

Aquélla era la primera vez que él la tuteaba.

A Mónica no le importó en absoluto. Todo lo contrario. De ese modo se sentía más a gusto a su lado.

—Sí —respondió ella—. Adoro la primavera y además tengo que confesarte que en esta época es cuando gozo de una mayor inspiración literaria.

—¿De verdad?

—¡Te lo aseguro!

Tras unos instantes de silencio, Tom le preguntó:

—¿Tienes novio?

—No…

—¿Algún amigo?

—Sí, eso sí. Se llama Dick… Es publicista…

Él volvió la cabeza para mirarla.

—¿Qué ocurre?

—¿Por qué?

—Te has puesto pálida repentinamente.

—Es que estoy preocupada… Mi amigo ha desaparecido. Nadie sabe dónde está.

—Vaya, lo lamento. Supongo que la Policía le estará buscando.

—Sí, claro… Un tal inspector Miles se encarga del caso. Miles… policía… sí, claro…

—¡Mónica!

Ella le miró, aturdida.

—¿Decías algo?

—Hace un momento estabas hablando sola.

—Pues no me he dado cuenta.

Tom la miró fijamente pero no dijo nada y, al cabo de un momento, apareció ante ellos el afilado penacho de agujas de la pequeña iglesia de Susexford.

Era un pueblo no excesivamente grande y sus calles no estaban muy concurridas. Nada más entrar, se encontraba una gran plaza con varias tiendas a su alrededor y, en una esquina, había un viejo abrevadero, frente al cual estaba la posada que llevaba por nombre «El caballo indómito».

Tom Brian aparcó el coche y comentó alegremente:

—En estos pueblos da gusto. No hay problemas con el estacionamiento.

Luego, abrió el portaequipajes, sacó las maletas y ambos se encaminaron hacia la posada.

El interior del albergue era algo sombrío pero había mucha limpieza y orden. Tras el pequeño mostrador de madera que hacía las veces de recepción, dormitaba un hombre con los mofletes colorados y que resoplaba como una locomotora.

Tom hizo funcionar sin excesiva fuerza la campanilla que había encima del mostrador y aquel hombre pegó un brinco bastante espectacular.

Aturdido aún, miró a los recién llegados.

—Perdonen —se excusó torpemente—, pero es que entre semana no suelen llegar muchos viajeros. Bueno, en realidad no suele llegar nadie…

—Desearíamos dos habitaciones —le dijo sonriendo Tom.

El hombre sacó un pesado libraco de alguna parte del mostrador y lo colocó frente a la pareja, preguntando:

—¿Se van a quedar muchos días?

—Todavía no lo sabemos —respondió Mónica.

—Les daré las dos mejores habitaciones de que disponemos en este momento.

—Es usted muy amable —dijo Tom mientras firmaba en el libro. Luego, le entregó la pluma a ella.

Entretanto, aquel hombre había cogido un par de llaves del armario colocado a sus espaldas, abandonó la recepción, cargó con las maletas e inició una lenta marcha hacia unas crujientes escaleras de madera que terminaban en un corredor con columnas.

—¿Somos los únicos clientes? —le preguntó la muchacha mientras subían los tres por aquellas escaleras.

—Hay un par de viajantes de comercio. Pero se van mañana. Así que a partir de mañana, estarán ustedes solos por lo menos hasta el próximo fin de semana. Entonces, Susexford se anima algo, aunque no mucho.

La habitación que le habían asignado a Mónica era bastante alegre. Daba a la parte trasera del edificio. Desde allí podía contemplarse una bella panorámica de los viñedos pero también un oscuro horizonte de colinas donde con toda seguridad debía de encontrarse la mansión del Duque de Hardin.

Estaba deshaciendo su equipaje cuando llamaron a la puerta.

—Soy Tom —se oyó.

—Adelante. Está abierto.

El escritor entró con un cigarrillo en los labios, alegre y risueño.

—Pareces muy contento —le dijo ella.

—Es que este tipo de trabajo que vamos a hacer me encanta. Entra de lleno en mi especialidad. ¡La investigación paranormal! Fantástico, ¿no crees?

—Si tú lo dices…

—Mónica…

Ella estaba colocando un vestido en el armario. Se volvió.

—¿Qué?

—Tengo la impresión de que estás arrepentida de haber venido.

—¿Quieres que sea sincera contigo? ¡Tengo miedo!

—¿Miedo? ¿Por qué?

—Una no se enfrenta todos los días a un par de fantasmas, Tom.

—No está demostrado que lo sean. De todos modos, pronto saldremos de dudas. Pienso ir a esa mansión esta misma tarde. Me acompañarás, ¿no?

—Por supuesto.

—Ahora vamos a comer algo. Estoy muerto de hambre.

El hombre de los mofletes colorados había dejado su puesto a una mujer con cara de lechuza y cabellos totalmente blancos. Se

encontraba ante el mostrador, ojeando el libro de registro de pasajeros.

—¿Podemos comer algo? —le preguntó Tom.

La mujer se volvió, sobresaltada.

Les miró, y al clavar sus ojos en Mónica, musitó:

—¡Dios bendito!

—¿Sucede algo? —quiso saber la muchacha.

—¡Oh, nada! ¡Nada! —La mujer cerró torpemente el libro y, sin apartar sus ojos de Mónica, retrocedió un par de pasos.

—Le he preguntado si podemos comer algo —insistió Tom.

—Sí, sí, claro… Vengan conmigo.

Les llevó hasta un agradable comedor. Tomaron asiento junto a una ventana desde la que se veía la plaza.

—¿Qué nos puede traer? —le preguntó el escritor.

—Carne… la carne de Susexford tiene fama en todo el Condado… una ensalada… Pero si prefieren otra cosa…

—No, está bien —dijo Tom—. Dos filetes con ensalada y una botella de vino.

La mujer se alejó caminando con rapidez, como si huyera de algo.

—Sé lo que le pasa —murmuró Mónica.

—Yo también. Le has *recordado* a alguien.

—¿A la mujer del cuadro?

—Lo más seguro. Por lo visto sigue siendo famosa por estos andurriales. Me pregunto qué clase de mujer sería. Seguramente bastante liberal. ¿Tú también lo eres?

—Del todo.

Tom sonrió.

—Me encantan las mujeres realmente liberales y liberadas…

—Puede que sea una cosa pero no la otra.

—Yo creo que sí.

—Tom, ¿has pensado en una cosa?

—¿En qué?

—Supón por un momento que ese Duque y su mayordomo son en realidad un par de fantasmas. ¿Crees que van a permitirnos que investiguemos libremente?

—¿Por qué no? No tienen nada que perder. Si ellos no lo desean, no vamos a descubrir absolutamente nada. Con no aparecer lo

solucionan todo. Pero si de verdad existen, *aparecerán*.

—¿Por qué estás tan seguro?

—Porque el Duque *desea volver a verte*, Mónica.

Ella iba a responder cuando llegó aquella mujer con los platos. Los depositó sobre la mesa y desapareció para regresar al cabo de un momento con la botella de vino.

En ningún momento apartó su mirada de Mónica. Era como si ésta hubiera conseguido embrujarla.

Y una vez más, musitó:

—¡Dios bendito!

Finalmente, se marchó de allí a toda prisa.

Cuando se quedaron a solas, ella le preguntó a Tom:

—¿Por qué piensas que el Duque quiere volver a verme?

—Luego hablaremos de eso. Ahora come. Esta carne está deliciosa.

Mónica cortó el filete y la sangre que se desprendió del mismo le produjo unas terribles náuseas. Era la primera vez que le ocurría algo parecido.

Apartó el plato alegando que no tenía hambre.

CAPÍTULO 6

Más tarde, cuando se disponían a subir al coche, pudieron comprobar que ya eran famosos. Había una cabeza detrás de cada ventana, detrás de cada visillo, las murmuraciones podían oírse por toda la plaza.

—Esa bruja de la posada nos la ha jugado buena —gruñó Tom poniendo el vehículo en marcha—. A partir de ahora, seremos el blanco de las miradas de todo el pueblo.

—Lo lamento —dijo ella—. Es culpa mía.

—¿Culpa tuya? Por favor, Mónica. No vuelvas a decir eso. No es culpa de nadie, únicamente de esa mujer.

Dieron la vuelta a la plaza y enfilaron la carretera señalizada con un cartel que indicaba:

AL PANTANO MIRROR
8 millas.

En un par de ocasiones, mientras conducía, Tom miró de reojo a la muchacha. No era difícil adivinar en ella un creciente estado de nerviosismo, cosa por otro lado bastante comprensible no tan sólo por el asunto que les había llevado allí, sino por la desaparición de su amigo.

Después de una cerrada curva, apareció el bosquecillo y un leve resplandor producido por el reflejo del sol sobre las aguas del pantano y, nada más enfilar la polvorienta recta, una vez que el pantano comenzó a hacerse visible, la áspera presencia de las primeras colinas les indicó que estaban llegando a la mansión.

—¡Para! —exclamó ella de pronto.

Tom obedeció y luego se volvió para mirarla. Había un silencio tenso. El esporádico trinar de los pájaros del bosquecillo llegaba

hasta ellos con nitidez.

Él le preguntó:

—¿Qué sucede, Mónica?

—No quiero seguir adelante.

—¿Por qué no? ¿Tienes miedo?

—¡Sí, Tom! —La muchacha ocultó el rostro entre las manos—. ¡Tengo miedo, lo confieso! ¡Dios mío! Hasta ahora me había parecido todo una excitante aventura, divertida incluso, ¡pero en este momento tengo mucho miedo!

Él le apartó las manos del rostro y alzó su barbilla.

—Estás nerviosa. ¿Crees que no me he dado cuenta? Y es comprensible. Así que te vas a quedar aquí mientras yo voy a echar un vistazo a esa mansión.

—Gracias, Tom —murmuró ella.

El escritor se apeó del coche. Abrió el portaequipajes y sacó una cámara fotográfica con un pequeño *flash* incorporado.

—¿Para qué la quieres? —le preguntó Mónica.

—Nunca se sabe. ¿Queda muy lejos la mansión?

—La verás en cuanto hayas subido esa colina.

—No tardaré en regresar… supongo —dijo él con una alegre sonrisa mientras se alejaba.

Mónica le vio tomar el sendero que conducía a la explanada. Poco a poco, su silueta se fue perdiendo entre las márgenes del camino hasta desaparecer por completo.

Ella, con mano trémula, encendió un cigarrillo y apoyó la cabeza en el respaldo del asiento. Y se preguntó por qué de repente había sentido tanto miedo.

Súbitamente creyó percibir un ruido a sus espaldas.

Volvió la cabeza, sobresaltada.

Él estaba allí.

No es que no creyera en la fascinante historia que había contado Mónica porque, de otro modo, su presencia en aquel lugar no tendría sentido. Pero de todas formas convenía ser un poco cauto no fuera que la muchacha se hubiera impresionado en exceso y su fértil imaginación de escritora se hubiese disparado jugándole una mala pasada y lo que parecía un suceso paranormal realmente importante, no fuese más que un divertido juego protagonizado por

un par de chiflados.

Así que lo primero que hizo fue tirar del cordón de la campanilla en espera de que Jeremy, el mayordomo, abriese la puerta para preguntarle: «¿Es usted un fantasma, amigo?».

Pero la puerta no se abrió.

Tom insistió de nuevo, pero sin obtener ningún resultado.

Vio una ventana a escasos metros del suelo, pero tenía unos gruesos barrotes.

Imposible entrar por allí.

Dio un amplio rodeo a la fachada.

Inútil.

No había ni el menor resquicio por dónde entrar en la mansión.

Se dirigió a la parte trasera del edificio.

Allí se encontró con un ventanal protegido por una sólida reja.

Se aproximó un poco para echar un vistazo a través de ella pero se encontró frente a una impenetrable oscuridad.

Estaba a punto de desistir y de regresar al coche, cuando descubrió una de esas trampillas adosadas al muro que se utilizan para meter carbón. Comprobó que era lo bastante amplia como para introducirse por ella sin riesgo a quedar atrapado entre sus paredes.

No se lo pensó dos veces y se metió boca arriba. Se dio un pequeño impulso a sí mismo y descendió vertiginosamente por la maloliente rampa.

Cuando regresó al coche, sucio como un carbonero pero realmente excitado por lo que acababa de descubrir, había transcurrido casi una hora.

Le sorprendió no encontrar a Mónica.

Pensó que a lo mejor había ido a dar un paseo.

Metió la cámara fotográfica en el portaequipajes y se sacudió el polvo de su indumentaria, se sentó en el interior del vehículo y encendió un cigarrillo.

—¡Por todos los diablos! —se dijo mientras fumaba—. Este viaje ha valido la pena, muchacho.

De repente la vio venir. Procedía del lago. Tom la saludó con la mano. Ella respondió el saludo, tímidamente. Cuando la tuvo a su lado, él descubrió un par de arañazos en su cuello.

—¿Cómo te has hecho eso?

—¿A qué te refieres?

—A esos arañazos que tienes en el cuello.

Con un gesto instintivo, la muchacha se llevó rápidamente una mano al cuello.

—No… no lo sé, Tom —dijo. Y parecía realmente sincera.

—Déjamelos ver.

—¡No! —Mónica retrocedió unos pasos.

—Pero ¿qué te pasa?

—*Él ha venido a verme, Tom.*

—¿El Duque?

—Sí. Nada más irte tú he oído un ruido detrás de mí y, al volverme… Lewis estaba allí mirándome fijamente.

—Le has llamado Lewis. Parece que vuestra amistad es cada vez más fuerte. ¿Qué te ha dicho?

—No le gusta que hayas venido, Tom.

—¿De verdad? —Él se rió—. A lo mejor es que está celoso.

—*¡Está celoso!* —exclamó ella.

—¿Te lo ha dicho?

—Sí, y quiere que te vayas.

—Ahora no me iría por nada del mundo, Mónica. No después de todo lo que acabo de descubrir en esa mansión.

—¿Qué es lo que has descubierto?

—Entre otras cosas interesantes, una pequeña cripta donde hay dos tumbas. Una pertenece al Duque de Hardin y la otra a su prometida, Judith Corben. El Duque nació el 7 de abril de 1837 y murió el 11 de noviembre de 1891. Según eso, tu amigo vivió hasta los cincuenta y cuatro años. Judith nació en Susexford el 27 de octubre de 1856, pero no aparece *ninguna fecha de defunción* lo cual no deja de ser ciertamente curioso, ¿no te parece?

—Posiblemente el Duque murió antes que ella y nadie se ocupó después de grabar la fecha.

—Es una hipótesis aceptable. De todos modos, me gustaría investigar ese punto.

—¿Qué más has encontrado?

—Allí dentro todo está en orden y limpio. Es como si alguien habitara la mansión.

—Realmente es así, Tom —dijo ella—. La habitan el Duque y su mayordomo. Pero eso ya no es ningún secreto. Al menos para mí.

—Confieso que tenía mis dudas, Mónica. Pero ahora comienzo a

pensar que todo lo que me contaste era cierto. ¿Comprendes por qué no quiero abandonar este asunto? Es demasiado importante para hacerlo.

—Tom, te pido por favor que regreses a Londres.

—Ni lo sueñes, nena.

—Podría ocurrirte algo muy desagradable —le advirtió sombríamente Mónica—. No creo que el Duque de Hardin amenace en vano.

—Sube al coche.

La muchacha obedeció y él lo puso en marcha; dieron la vuelta y enfilaron la carretera que conducía a Susexford.

—Mónica —dijo de pronto Tom—. ¿Has estado con el Duque en ese pantano?

—Sí.

—¿Y qué habéis hecho?

—Hemos estado hablando. Al principio estaba furioso conmigo por haberte traído, pero luego se ha comportado con amabilidad y hasta con ternura. Me ha cogido de la mano y hemos estado paseando por los alrededores del pantano y me ha llevado a su pabellón de caza.

—¿Dónde está?

—Muy cerca de ese pantano, aunque no recuerdo el lugar con mucha exactitud…

Tom observó que ella se llevaba una mano a la frente como si se esforzara en poner en orden sus ideas y, de repente, echó la cabeza hacia atrás, con los ojos cerrados, musitando:

—No me acuerdo de nada más…

—Haz un esfuerzo, Mónica.

—Es… es un edificio pequeño, de ladrillos rojos… hay una chimenea y…

—¡Sigue!

Mónica estaba haciendo un tremendo esfuerzo por recordar. Tenía los ojos apretados y se retorcía las manos.

—En… en su interior… hay una enorme cama rodeada por un hermoso tul…

Él insistió:

—¿Qué más?

—¡No puedo, Tom! ¡No recuerdo nada más! ¡Hay un vacío en mi

mente!

—Está bien, cálmate.

La miró.

La muchacha tenía los ojos cerrados y estaba algo más tranquila aunque respiraba de forma entrecortada y los arañazos de su cuello parecían mucho mayores.

Regresaron a Susexford cuando ya comenzaba a anochecer.

La incipiente oscuridad hacía de aquel pueblo un lugar más solitario e inhóspito. Sus calles estaban desiertas pero a lo lejos se escuchaban cánticos que con toda seguridad provenían de la taberna que había en la misma plaza, al otro lado de la posada «El caballo indómito».

La mujer de los cabellos blancos y cara de lechuza les miró por encima de sus gafas cuando entraron en el establecimiento. Estaba sentada en un balancín, cerca de la chimenea.

El silencio era absoluto allí dentro.

Únicamente se escuchaba el crepitar de las llamas y el gemido del balancín cada vez que aquélla se movía.

—Buenas tardes —saludó Tom.

—Buenas tardes —saludó la mujer—. ¿A qué hora quieren que les sirva la cena?

—A las ocho —respondió Tom—. ¿Te parece bien, Mónica?

—Yo no tengo apetito —dijo ella—. Voy a acostarme.

Se alejó hacia las escaleras. Parecía terriblemente cansada. La mujer no la perdió de vista hasta que desapareció tras la puerta de su habitación.

Después, se volvió para mirar a Tom que en aquel momento estaba encendiendo un cigarrillo.

—¿Puedo hacerle una pregunta, señor Brian?

—¿Qué clase de pregunta?

—¿Por qué han venido a Susexford?

Tom dudó en confesar la verdad pero por otro lado pensó que era mucho mejor hacerlo. Quizá de ese modo se ganaría la confianza de aquella mujer y podría serle útil.

Sin embargo, consiguió todo lo contrario.

Después de escuchar el relato que le hizo Tom, se levantó del balancín, con los ojos desorbitados, retrocedió torpemente y echó a correr gritando:

—¡Váyanse de aquí! ¡Váyanse ahora mismo!

—¡Señora, espere!

Se quedó a solas en el pequeño saloncito, cerca de la chimenea, tenso, pendiente del

tic-tac

de un reloj de pared.

Le vendría bien una copa.

Abandonó la posada, cruzó la plaza y se metió en la taberna. Una docena de cabezas se volvieron para escrutarle. El pianista se había quedado con ambas manos agarrotadas sobre el piano.

—¿Qué diablos pasa en este pueblo? —Gruñó Tom—. ¿Es que no les gustan los forasteros?

Un hombre se levantó de su asiento, allá al fondo del local. Llevaba uniforme de policía, desabrochado y tenía la cara roja como un tomate.

—El caballero tiene razón —dijo con amabilidad—. Seamos un poco más hospitalarios.

Pero nadie, absolutamente nadie, hizo caso de aquel consejo. Uno a uno fueron abandonando la taberna hasta quedar únicamente el individuo que se encontraba al otro lado de la barra, el policía y Tom.

—Sirve un par de cervezas, Jack —le pidió el policía al otro. Luego le tendió la mano a Tom—. Me llamo Spooner.

—Yo, Tom Brian.

—No haga mucho caso a la gente de por aquí, señor Brian —dijo el policía—. Son bastante supersticiosos así que sólo les ha faltado ver a esa muchacha que ha venido con usted…

—¿Qué ocurre con ella? —Tom ya conocía la respuesta pero quería oírla de labios del policía.

—Es una larga historia —respondió Spooner. Echó un trago de cerveza, se limpió los labios con el dorso de la mano y prosiguió—: Una historia bastante extraña, ¿sabe usted?

—¿Por qué no me la cuenta? Dispongo de mucho tiempo.

—Pero yo no, amigo. Tengo que estar en la Comisaría dentro de diez minutos para relevar a mi compañero aunque, si luego se pasa por allí, podré contársela.

—¿Le va bien a la diez?

—De acuerdo.

Spooner abandonó la taberna.

Tom pidió otra jarra de cerveza y, mientras aquel individuo se disponía a servírsela, le preguntó:

—¿Dónde podría revelar un carrete de fotografías?

—Al final de esta misma calle, en la tienda de Billy Holmes. No tiene pérdida.

Tom se terminó la cerveza, pagó y abandonó el local. Se dirigió a su coche, cogió la cámara del portaequipajes y un par de minutos después entraba en la tienda que le había indicado el tipo de la taberna.

Billy Holmes era un hombre pequeño y rechoncho. Llevaba una bata blanca. Del bolsillo superior de la misma asomaba la cazoleta de una pipa.

Tom extrajo el carrete de la cámara y se lo entregó.

—Desearía que lo revelara lo antes posible.

—Lo tendrá mañana por la tarde, señor.

—Gracias.

Regresó a la posada y se dirigió al comedor. Él era el único cliente que había allí.

Consultó su reloj.

Eran las ocho y veinte.

La mujer apareció al cabo de un momento y miró a Tom casi con miedo.

—¿Prefiere sopa o verdura?

—¿Por qué se ha impresionado tanto después de escuchar lo que le he contado?

—No quiero hablar, señor. No quiero decir una sola palabra. Lo único que quiero es que se vayan de este pueblo cuanto antes.

—Pero habrá algún motivo.

—El motivo es *ella*, señor… ¡Esa mujer que le acompaña es la reencarnación de Judith Corben!

—¿Por qué dice *reencarnación*?

—¡Dios bendito! ¡Son exactas! *La maldición* se cumple, señor…

—¿Qué maldición?

—¡Váyanse de aquí! ¡Se lo ruego! ¡Váyanse!

No hubo forma de arrancarle una sola palabra más a la asustada mujer. Se alejó a toda prisa y no volvió a aparecer.

—Lo que faltaba —gruñó Tom—. Ahora me he quedado sin

cena.

Aquella vieja lechuza se había referido a una maldición. ¿Qué clase de maldición? Quizá Spooner le sacaría de dudas. Al parecer, el policía estaba perfectamente enterado de todo. Pero aún era demasiado pronto para ir a verle.

Se levantó de la mesa y se encaminó a la habitación de Mónica. Deseaba comprobar si estaba durmiendo o sí, por el contrario, estaba en disposición de poder hablar con ella. Quería contarle todo lo que había sucedido hasta aquel momento.

Llamó a la puerta pero no respondió nadie.

—¿Mónica? —insistió una vez más.

Silencio.

La curiosidad le empujó a abrir la puerta y descubrió que la cama estaba vacía y que no había nadie en la habitación.

Bajó corriendo la escalera y al llegar al vestíbulo se tropezó con aquella mujer y casi la derriba.

—¿Ha visto a la señorita que viene conmigo?

—No. Líbreme Dios de ella.

—¿Está segura?

—¡Claro que estoy segura! ¿Es que no está en su habitación?

Tom movió la cabeza.

—Puede que haya salido a dar un paseo —dijo—. Y que usted no la haya visto. Iré a ver.

Pero la anduvo buscando inútilmente por todo el pueblo.

Y, de repente, se le ocurrió el lugar a dónde podría haberse dirigido:

¡A la mansión del Duque de Hardin!

CAPÍTULO 7

Jeremy terminó de poner la mesa y le dio un vistazo para asegurarse de que todo estaba en perfecto orden. Luego, consultó su reloj de bolsillo. Eran las nueve menos cinco. Tan silencioso como un gato, abandonó el lujoso comedor, cruzó el vestíbulo y entró en el salón donde el Duque de Hardin, sentado en su butaca favorita y con las piernas extendidas en dirección al reconfortante fuego que ardía en la chimenea, leía una novela.

—Son casi las nueve, señor —le anunció.

El Duque cerró la novela, la dejó sobre una mesita y se puso en pie.

—Bien…

Aquél era un momento importante para él, un momento que sin duda le iba a traer maravillosos pero a la vez amargos recuerdos.

Se encaminó a la escalera que conducía a las habitaciones del piso superior.

Y en ese preciso instante la vio bajar.

Puntual y radiante.

Llevaba puesto el vestido blanco del cuadro y estaba realmente hermosa.

—¡Judith! —murmuró emocionado.

El Duque subió algunos peldaños, con los brazos extendidos, y cogió entre las suyas las delicadas manos de Mónica, convertida ahora en su fiel amante Judith Corben.

—Estás preciosa, querida —le dijo mientras descendían por la escalera.

Ella le dirigió una tierna sonrisa, colocó una mano sobre el brazo del Duque y se dirigieron al comedor.

Tom Brian no se hubiera perdido aquello por nada del mundo, así que con su cámara fotográfica a cuestas, subía rabiosamente por

el sendero en dirección al punto más alto de la colina.

Había dejado el coche en la polvorienta y solitaria carretera.

Afortunadamente, la noche era muy clara y en el cielo brillaba una espléndida luna llena.

Poco a poco, fue surgiendo ante él el colosal edificio de la mansión; a cada paso ésta se iba haciendo más grande e impresionante.

Por fin alcanzó la explanada.

Su corazón comenzó a latir con fuerza cuando descubrió que había luz en una de las ventanas. ¿Sería el primer humano que podría fotografiar a un fantasma?

Cruzó corriendo la explanada. Era tal la emoción que experimentaba que a punto estuvo de caer al suelo cuando tropezó con una de aquellas malditas piedras.

Sólo había un pequeño inconveniente.

La ventana en cuestión se encontraba hacia la mitad del edificio y era del todo punto imposible trepar hasta allí a no ser que se pudiera agarrar a algún saliente. Pero no vio ninguno digno de confianza. De repente, recordó la trampilla de la carbonera. ¡Magnífico! Se introduciría en la mansión utilizando el mismo camino que había utilizado aquella mañana.

Rodeó el edificio.

No le fue nada difícil localizar la trampilla gracias a la espléndida luna.

Y una vez más, se deslizó por la sucia rampa.

Mónica hubiera querido encontrarse muy lejos de allí. Su subconsciente le decía que estaba en peligro, que todo aquello no era más que una trampa mortal, pero no podía hacer absolutamente nada por evitar aquella situación. Se sentía atrapada y manejada como una marioneta.

Estaba totalmente a merced del Duque de Hardin, él era el dueño de sus actos.

Sin embargo, *ese mismo subconsciente le ocultaba que había asesinado salvajemente a dos personas.*

Y que no iban a ser las únicas.

El Duque se limpió cuidadosamente los labios con la servilleta y observó a la muchacha, mientras Jeremy le servía vino de la

cosecha de 1845.

—¿Le has dicho a tu amigo que se vaya? —le preguntó súbitamente.

—Se lo he dicho.

—Pero no piensa hacerlo, ¿verdad?

—Supongo que no.

—En ese caso, peor para él.

—¿Qué quieres decir?

—Su presencia aquí me molesta pero no vayas a pensar que le temo. En absoluto. Mi plan se llevará a cabo de todos modos. Nadie puede impedirlo. Y mucho menos un estúpido mortal. Pero sé que tú le gustas y que posiblemente él también te gusta a ti. Y eso es lo que no puedo consentir. *Tú me perteneces*. Eres mía. Por lo tanto, tengo que acabar con ese individuo, he de hacerlo desaparecer para siempre. ¡Y tú te encargarás de ello! ¡Precisamente tú!

CAPÍTULO 8

Brian avanzó por el oscuro corredor.

Había dejado atrás el pasadizo que conducía a la cripta sin haberle prestado la menor atención a ésta porque en aquel momento había algo que le interesaba mucho más y era encontrarse cara a cara con el fantasma, suponiendo, eso sí, que el Duque de Hardin se dejase ver.

Vio ante sí una escalera, estrecha, empinada, y subió sigilosamente por ella. Al final de la misma, había otra puerta. La empujó con sumo cuidado.

Descubrió una enorme cocina, solitaria, en perfecto orden. La cruzó, de puntillas, hasta otra puerta de hojas batientes tras la cual había un bien alumbrado pasillo. Tres lámparas de gas adosadas al muro le guiaron sin ninguna dificultad a través de dicho pasillo hasta un lujoso comedor sobre cuya mesa había platos con restos de comida. A Tom no le extrañó aquel descubrimiento. Había imaginado desde un principio algo parecido. El Duque, o mejor dicho su fantasma, había invitado a cenar a Mónica y ella había acudido dócilmente a la cita. Pero ¿dónde estaban ambos?

Entonces, se le ocurrió algo espantoso.

¿No estarían observándole desde su invisibilidad?

Él no podía verles, pero el Duque y su mayordomo sí podían verle a él.

Pero ¿y Mónica?

Ella no era aún ningún fantasma.

De repente, sintió que le comenzaban a temblar las piernas y que un sudor frío le recorría la espalda. *¡Los fantasmas podían matarle en cualquier momento!*

Se había quedado como petrificado, con la mirada clavada en aquella silla de alto respaldo que por lógica debía de ocupar el Duque… y se le imaginó mirándole, con una sonrisa burlona y

asesina en sus labios.

Poco a poco fue recuperando la calma. Pensó que si hubieran querido eliminarle ya lo habrían hecho sin ninguna dificultad. Llegó a la conclusión de que el Duque y su invitada habían abandonado el comedor y que el mayordomo tampoco se encontraba allí.

¿Dónde entonces?

A partir de aquel momento tendría que ir con mucho cuidado. Su vida pendía ahora de un hilo y, lo que era peor, no podía hacer absolutamente nada por evitarlo.

Armándose de valor, abandonó el comedor y cruzó el amplio vestíbulo donde las miradas de tres distinguidos caballeros parecían seguirle los pasos desde la tela de sus respectivos cuadros.

Subió por la escalera, sintiendo que el miedo volvía a adueñarse de él. Era mucho lo que se estaba jugando pero también era cierto que valía la pena… siempre y cuando saliera con vida de aquella extraña aventura.

Al llegar al piso superior, escuchó unos leves gemidos.

Gemidos de placer.

¡Era Mónica!

Inaudito.

Aplicó el oído a una de aquellas puertas. Los gemidos de la muchacha le llegaron ahora con mucha más nitidez. Sintió náuseas y rabia, y odio.

¡Aquel hijo de perra le estaba haciendo el amor a Mónica!

Abrió la puerta de una violenta patada y entró en el dormitorio como un loco.

Únicamente alcanzó a verla a ella, desnuda sobre la cama, con las piernas totalmente abiertas y, casi al mismo tiempo, la vio cerrarlas y avanzar hacia él con una siniestra sonrisa en sus labios.

Parecía embrujada.

Alargó los brazos como si quisiera abrazarle pero Tom retrocedió porque algo en su subconsciente le advirtió que se encontraba en peligro pero, al mismo tiempo, comprendió que sería un error tremendo si no aprovechaba aquella circunstancia.

Retrocedió un poco más y con un rápido movimiento fotografió a la muchacha. El impacto del *flash* hizo que ella gritase. Tom experimentó un escalofrío cuando, por un momento, apenas unas décimas de segundo, pudo ver con toda claridad aquellos afilados

dientes parecidos a los de una piraña.

¡Aquella especie de monstruo no podía ser Mónica!

Y de repente, en plena confusión de ideas, se oyó una potente voz, autoritaria y salvaje.

—¡Mátalo, Judith! ¡Mátalo!

Mónica, o su espectro, o lo que fuese *aquello*, se arrojó sobre Tom como una pantera, chillando histéricamente, con sus garras por delante y mostrando los afilados dientes.

A él no le quedó otra opción que arrojarse por aquella ventana si quería salvar el pellejo, y lo hizo sin pensárselo dos veces, al tiempo que rezaba al cielo para no romperse la crisma.

CAPÍTULO 9

El agente Spooner fue alertado por un amigo de que en la posada «El caballo indómito» tenía efecto una reunión que podía tener fatales consecuencias.

Lo que de «fatales consecuencias» hizo que el agente despegara su trasero a tiempo de intervenir en la reunión.

—¡Vamos a ver! ¿Qué diablos está pasando aquí? —Entró gruñendo en el comedor.

—Se trata de esa pareja, Spooner —dijo uno de los presentes—. No les queremos en Susexford.

—Sobre todo a ella —machacó la vieja lechuza de la posada—. ¿No os habéis dado cuenta?… ¡Es la reencarnación de Judith Corben, y si no la echamos pronto de aquí, la maldición del Duque caerá sobre todos nosotros!

—Calma, calma, amigos —pidió Spooner—. Discutamos esto con serenidad. No se puede ir echando a la gente de los sitios así como así. ¡Que estamos en 1984!

—Mod —la mujer lechuza se enfrentó al agente—. Tú llegaste a este pueblo hace únicamente cinco años y no puedes pensar lo mismo que nosotros. Existe una antigua maldición del Duque de Hardin sobre este lugar, que no debemos tomar a broma y mucho menos después de haber visto a esa mujer. Es una premonición. Ella atraerá la desgracia como lo hizo Judith Corben. Hay que hacer algo antes de que sea demasiado tarde.

—Teresa —dijo el policía acercándose a ella—. Estás hablando de unos hechos que ocurrieron hace más de cien años. El Duque de Hardin está muerto y también Judith Corben. Eso es lo que cuenta. Lo demás, todas esas tonterías de la maldición, no son más que habladurías de viejas chismosas. ¿Qué esa muchacha se parece a Judith? Es posible. ¿Y qué? ¿Qué significa eso? No es la primera persona que se parece a otra. Creo que se están desquiciando las

cosas.

—Cuéntale a Spooner lo que te ha dicho el amigo de esa mujer, Teresa —dijo con fuerza uno de los hombres—. Explícale por qué se encuentran en Susexford.

La tal Teresa clavó sus ojos de lechuza en el rostro del policía y le contó la conversación que había mantenido con Tom Brian y las razones que les habían llevado allí, procurando poner en sus palabras un duro énfasis, desgarrador y patético, hasta el extremo de que una vez que hubo terminado su discurso, el silencio en el comedor era tan grande que se pudieron escuchar los acelerados latidos del corazón de Spooner.

—¿Qué nos dices ahora, Mod? —preguntó un hombre bajito con una gorra.

—Estoy realmente sorprendido —respondió vacilante el agente —. Pero no creo que nada de todo eso sea cierto. Todos sabemos que esa mansión está vacía desde que el Duque pasó a mejor vida y sabemos también que los fantasmas no existen…

Spooner miró a los presentes para calibrar el efecto de sus palabras y comprobó que, desgraciadamente, el efecto había sido nulo y que por lo tanto, allí todos creían en los fantasmas.

—Mod —volvió a decir la vieja lechuza—, si no quieres unirte a nosotros, será mejor que abandones esta reunión.

—¡Qué diablos! —exclamó contrariado el policía—. Tengo derecho a estar aquí. Represento a la autoridad. Lo que quiero que entendáis es que no se puede actuar como si estuviéramos en la Edad Media y que si alguien tiene que tomar alguna medida, ése soy yo y os digo que vuestro comportamiento me parece absurdo, y que no estoy dispuesto a permitir ningún tipo de desmán. Si hay que hacer algo, se hará. Pero con la Ley por delante.

—Supongo que sabes que aún quedan un par de personas en Susexford apellidadas Corben —dijo un hombre alto y fornido poniéndose en pie para dar más fuerza a sus palabras—, y que esas personas son familiares de Judith.

—Claro que lo sé, Mac —respondió Spooner—. Ambos viven en una granja a tres millas de aquí. Pero ¿qué pretendes decirme con eso?

—¿Y si de repente les ocurriese algo desagradable? —preguntó la mujer.

—¿Cómo qué? —quiso saber el agente.

—Una terrible desgracia —dijo uno de aquellos hombres.

—La Muerte —añadió otro sombríamente.

—¿La Muerte? —repitió como un estúpido el policía.

—El Duque podría vengarse de ellos —dijo la vieja lechuza.

—A través de esa mujer —añadió otro.

—¡Deberíamos quemarla viva como hicieron nuestros antepasados con Judith Corben! —exclamó un individuo de mediana estatura y los cabellos rojizos.

Spooner le miró, desconcertado.

Los ojos de aquel hombre despedían un odio incomprensible.

El policía comprendió en ese momento que aquellos salvajes eran muy capaces de todo con tal de satisfacer una sed de venganza que ni los ciento y pico de años transcurridos desde que ocurrieron los hechos, había sido capaz de calmar.

Tenía que tomar medidas urgentes.

CAPÍTULO 10

Tom Brian había tenido suerte.

Cayó de plano sobre la espesa maleza que se extendía desde la mansión hasta la ribera del pantano y, salvo un fuerte golpe en la pierna derecha, no había sufrido ningún otro rasguño. Cojeaba al andar, pero andaba, que era lo importante después de lo que acababa de vivir en el dormitorio de la mansión donde había quedado fehacientemente demostrada la existencia del fantasma del Duque de Hardin y su nefasta influencia sobre Mónica, a la que había convertido poco menos que en un espectro devorador.

¡Pobre muchacha!

Naturalmente, estaba obligado a hacer algo por ella y mientras se alejaba cojeando pero a toda prisa de la mansión, se estuvo preguntando cómo podía ayudarla.

¿De qué modo se puede luchar con un fantasma?

Ahora se daba cuenta de que toda su experiencia en el campo de lo paranormal no era más que pura teoría y que se sentía impotente y desarmado ante una evidencia real.

Cuando estuvo seguro de que ya se encontraba lo bastante lejos de la mansión, se detuvo para descansar. Se sentó sobre una piedra y entonces recordó de pronto que había tenido la gran suerte de poder fotografiar a Mónica o su espectro y que aquello podía tener un valor documental incalculable.

Pero aquél no era el momento más indicado para pensar en éxitos profesionales. Ahora tenía que dedicar todo su esfuerzo en salvar a Mónica de las garras del Duque de Hardin.

Al contemplar las oscuras y quietas aguas del pantano, se acordó de algo tan importante como era la existencia del pabellón de caza del Duque y del cual le había hablado su amiga.

No podía estar muy lejos de allí.

Se orientó en la oscuridad y, al ponerse en pie, notó un fuerte

dolor en la pierna aunque ello no le impidió lanzarse cuesta abajo procurando aprovechar el nítido claro de luna para no tropezar con los pedruscos.

Consiguió llegar al pie de la colina e inició otro pronunciado descenso en dirección al pantano, llegando por fin a la ancha franja de guijarros que circundaba el mismo y, tras tomar el camino que creyó más apropiado, apareció de repente ante él el pabellón de caza. Descubrió con fastidio que todas las ventanas estaban enrejadas y que la única posibilidad de entrar era forzando la puerta.

Encendió una cerilla con el propósito de encontrar algo lo bastante resistente para hacer saltar el grueso candado y, al acercarla al suelo, vio algo verduzco y con los ojos saltones que le forzó a dar un ridículo salto hacia atrás, pero casi inmediatamente soltó una carcajada. ¡El terrible monstruo no era más que una inofensiva rana en una charca!

—Tienes los nervios en tensión, muchacho —se dijo.

Buscó otra cerilla en la oscuridad, la encendió y anduvo unos cuantos pasos dirigiendo la llama en todas direcciones hasta encontrar lo que buscaba; una barra de hierro semioculta entre la abundante maleza.

No fue fácil hacer saltar el candado pero finalmente lo consiguió, empujó la chirriante puerta y entró.

Tropezó con algo que había en el suelo y al dirigir la llama hacia el objeto, descubrió que se trataba de un pedazo de carcomida viga envuelta en una espesa telaraña.

Vio entonces que sobre una mesa había un pedazo de vela. Aquel descubrimiento le iba a simplificar mucho las cosas. La encendió y siguió adelante hasta llegar a un ruinoso salón.

Sobre la chimenea había un cuadro.

Se trataba de una mujer de rostro adusto aunque no exento de cierta belleza y distinción.

—¿Quién sería?

Recordó entonces que Mónica le había estado hablando de una cama a la que rodeaba un tul.

La halló en la alcoba contigua al salón.

Tuvo que desgarrar algunas telarañas antes de poder entrar allí y cuando lo consiguió se dirigió directamente hacia la cama.

Apartó el tul y sintió que se le paralizaba el corazón.

¡Sobre la cama había un esqueleto sujeto de pies y manos por gruesas cadenas!

CAPÍTULO 11

Spooner se había pasado toda la noche en vela esperando el regreso de Tom y Mónica.

Quería impedir a toda costa que «los locos vecinos de Susexford», como ahora les llamaba, llevaran a cabo sus amenazas. Sin embargo, había algo que le tenía inquieto. ¿Dónde se había metido la pareja de forasteros? ¿Qué se había hecho de ellos?

Se tranquilizó considerablemente cuando cerca ya de la madrugada vio llegar el automóvil de Tom.

Fue corriendo hacia él, algo torpemente, resoplando.

—¡Señor Brian!

El escritor se volvió.

—¿Qué ocurre, agente?

—Tenemos que hablar —el policía tuvo que apoyarse en el coche para reponerse de la carrera. Su rostro estaba más colorado que de costumbre—. ¿Por qué no viene conmigo a la Comisaría? Allí podremos charlar más tranquilamente.

—De acuerdo, vamos.

La Comisaría era pequeña, tan sólo había un mostrador y un despacho con una estufa.

Spooner le indicó a Tom donde podía sentarse mientras él abría un cajón de su mesa y sacaba una botella de *whisky* y dos vasos. Los colocó encima de la mesa y vertió una generosa ración de *whisky* en su interior.

—Gracias —dijo Tom—. No me vendrá mal después de todo lo que acabo de presenciar.

El agente tomó asiento y ofreció un cigarrillo a Brian.

—¿Dónde está su amiga? —le preguntó.

—Si se lo digo no va a creerme, señor Spooner —respondió Tom moviendo la cabeza—. Pero ¿por qué quiere hablar conmigo? ¿Qué sucede?

El agente se lo contó en pocas palabras. Aquello le hizo comprender a Tom que ahora no podía contarle a Spooner lo que había ocurrido en la mansión. De hacerlo, le complicaría aún más las cosas a la pobre Mónica. Era mejor guardar silencio e intentar solucionarlo por su cuenta.

—Todo eso es muy lamentable —se limitó a decir Brian—. Y desde luego, falso. Absolutamente falso.

Spooner miró fijamente a Tom.

—Pero usted… —empezó a decir.

—Sí, yo le conté esa historia a la mujer de la posada. Pero sólo pretendí divertirme un rato, ¿comprende? Todo es mentira.

—No le creo, señor Brian —dijo secamente Spooner—. Está intentando proteger a esa chica.

—Le aseguro que no.

—Bien, de todos modos es igual. Sigue estando en peligro a causa de su innegable parecido con Judith Corben. Para «los locos vecinos de Susexford» esa muchacha está maldita. Tiene que llevársela de aquí.

—¿Qué sucedió exactamente con Judith Corben, agente?

—Pues verá, al parecer era la hija menor de un modesto granjero. El Duque se enamoró perdidamente de ella y la pidió en matrimonio. Pero la familia de la muchacha se opuso rotundamente. Se decía que el Duque estaba loco y que de vez en cuando recibía la visita del mismísimo Satanás. No se sabe si Judith también se enamoró del Duque o si éste la embrujó pero lo cierto es que, a pesar de la oposición de su familia, siguió viéndose con él.

»Se convirtieron en amantes y en poco tiempo la muchacha sufrió una profunda transformación. Se volvió cruel y despiadada. Renegó de su familia y se quedó en la mansión. Dicen que asesinó a un hermano suyo porque este quiso impedir que siguiera viéndose con el Duque.

»Después de aquello, el padre de Judith decidió eliminar al Duque y, un día en que éste y la muchacha estaban paseando a caballo, les atacó. Pero falló en su intento y fue la propia Judith la que con una gruesa piedra golpeó salvajemente la cabeza de su padre hasta matarle.

»Aquello enfureció de tal modo a los familiares de la chica y a todo el pueblo de Susexford, que asaltaron la mansión y se llevaron

a Judith. La quemaron viva en la plaza. El Duque, que salió ileso de aquel asalto gracias a la intervención de su mayordomo, el cual consiguió ocultarle, juró vengarse “aun después de muerto”».

CAPÍTULO 12

Se llamaba Pat Corben.

Era un muchacho de veinte años, avispado, rubio, con el rostro ligeramente pecoso.

Vivía con su tío en la granja, a tres millas de Susexford, cerca de un hermoso bosque y del río Mosh.

Algunas veces había oído comentarios en el pueblo acerca de lo sucedido entre su familia y el duque de Hardin, incluso su tío le había hablado alguna vez de ello. Pero él no le daba ninguna importancia a aquellos chismes. En 1984 nada de aquello tenía ya el menor sentido. A Pat únicamente le preocupaba terminar sus estudios e irse a vivir a Londres, donde había chicas guapas y se podía bailar el *rock* duro, hasta caer derrengado.

Aquella mañana se levantó temprano, dio de comer a los animales y desayunó con su tío.

—Si no te importa, me iré a dar un baño al río —le dijo.

—Ve, pero no tardes en regresar. Tienes que ir a Susexford a echarme un par de cartas al correo.

—De acuerdo, tío.

Cogió su enorme transistor, el traje de baño y se encaminó hacia el río. El día era espléndido.

Mientras caminaba por el bosque escuchando una canción de Joe Cooker, tuvo la sensación de que no estaba solo. Era la primera vez que le ocurría algo parecido. Y de pronto, la vio venir hacia él. Era una muchacha preciosa. Llevaba el cabello suelto y un vestido blanco, quizá un poco anticuado.

—¡Hola! —le saludó ella alegremente.

—Hola.

Cuando llegó junto a él, Pat tuvo la vaga impresión de que no era la primera vez que veía aquel hermoso rostro.

—¿Es usted de por aquí? —le preguntó a la chica.

Mónica movió la cabeza, sin perder la sonrisa de sus labios.

—Soy forastera —respondió—. Mis padres han comprado una granja por allí.

Y señaló vagamente en dirección a la orilla opuesta del río.

—Debe de ser la granja de los Miles —dijo Pat—. Sé que estaba en venta. ¿Cómo te llamas?

—Mónica Simpson. ¿Y tú?

—Pat Corben.

—¿Adónde ibas, Pat?

—A bañarme al río. ¿Me acompañas? Quiero decir si no tienes nada mejor que hacer.

—Pues no. Hoy tengo el día libre.

—¡Estupendo! Vamos.

Cuando llegaron al río, Pat se ocultó detrás de unos arbustos para ponerse el bañador y oyó que ella comentaba:

—¡Como me gustaría darme un baño!

—¿Y por qué no lo haces?

—Es que no me he traído el bañador.

—¿Por qué no vas a buscarlo? —preguntó el muchacho mientras abandonaba los arbustos.

—Tengo una idea mucho mejor —respondió ella comenzando a quitarse el vestido.

Pat se quedó atónito.

Aquélla era la primera vez que una mujer se desnudaba delante de él.

—Eres realmente preciosa —le dijo cuando la vio totalmente desnuda, al tiempo que sentía un nudo en la boca del estómago.

—Tú tampoco estás nada mal, Pat —le dijo ella con una insinuante sonrisa—. ¿Vamos al agua?

Se bañaron y luego se tumbaron al sol. Para Pat aquélla era una experiencia nueva. Había soñado muchas veces con chicas pero nunca había tenido a una tan cerca y sin ropa. De reojo, le miró los pechos. No eran muy grandes pero parecían dos manzanas en flor. Notó que su virilidad experimentaba un repentino cambio y pensó que sería vergonzoso que la muchacha le viese de aquel modo. Fue a ponerse boca abajo cuando ella, repentinamente, se lo impidió colocándole una mano sobre el hombro. La miró, aturdido. La muchacha le sonreía.

—Te gusto, ¿verdad? —le susurró.

Pat, asintió con la cabeza.

—Y te gustaría hacerme el amor, ¿no es cierto?

El muchacho volvió a asentir y entonces ella deslizó una mano por el interior del traje de baño. Pat sintió un escalofrío cuando ella le acarició aumentando su excitación.

—¿Por qué no te quitas el *slip*? —le preguntó con un susurro la muchacha.

Pat obedeció rápidamente y se tumbó boca arriba, con los brazos extendidos hacia atrás, jadeando como un loco mientras ella le besaba en el pecho y le acariciaba las tetillas con la punta de la lengua.

Luego, en pleno éxtasis, vio que la muchacha se echaba un poco hacia abajo y que abría la boca.

Pat cerró los ojos e imaginó lo que iba a ocurrir a continuación y experimentó un placer indescriptible cuando comprobó que todo ocurría cómo había imaginado.

La boca de la muchacha le trastornaba, le producía intensos escalofríos.

Pero, de repente, el placer se convirtió en un dolor insoportable.

Pat tuvo la sensación de que le acababan de cortar su virilidad con un cuchillo.

Abrió los ojos, aterrorizado, y vio con horror que de la misma brotaba un chorro de sangre y vio también los afilados dientes de la muchacha en una boca crispada con una sonrisa diabólica.

CAPÍTULO 13

A Tom le fue imposible conciliar el sueño.

Pensaba en todo lo que había estado sucediendo hasta entonces, y lo que era peor, no encontraba el modo de solucionarlo.

No ignoraba que Mónica estaba en poder del fantasma del Duque de Hardin y éste pensaba utilizarla para consumar su venganza. ¿Cómo podía arreglar aquello? ¿Rescatando a Mónica de la mansión? ¿De qué modo? Y aunque pudiera conseguirlo, ¿sería suficiente para escapar de las garras del Duque? Pero por otro lado, si no liberaba a la muchacha de aquella situación, estaba perdida para siempre.

La recordó la noche anterior, en aquella casa, a merced del invisible Duque y recordó luego su expresión diabólica y los terroríficos gritos del fantasma ordenándole que le matase.

—¡Dios bendito! —murmuró Tom.

Con toda seguridad él era el primer ser humano que había vivido una experiencia semejante.

¿Y el esqueleto de que había encontrado en el pabellón de caza?

Algo le decía que se trataba de la esposa del Duque a la que posiblemente él encerró allí al enamorarse de Judith.

Se levantó de la cama y encendió un cigarrillo. Luego, consultó su reloj.

Eran las once y cuarenta y cinco. Se vistió y, una vez más, abrió la puerta de la habitación de Mónica y, una vez más también, la halló vacía.

¡Pobre muchacha!

Tenía que hacer algo y pronto.

Se acordó entonces de la fotografía que le había hecho a Mónica en el momento en que ésta se disponía a atacarle. Bajó al coche, abrió el portaequipajes, cogió la cámara, sacó el carrete y se fue a la tienda de Billy Holmes.

—Espero que sean mejores que las anteriores, amigo —le dijo aquel individuo.

—¿Qué quiere decir?

—Pues que las otras estaban totalmente veladas. *No se ve nada*.

—Pero eso no es posible.

—Claro que sí. Ahora se las enseño.

Billy Holmes se metió en la trastienda y volvió a aparecer al cabo de un momento. Dejó las fotos sobre el mostrador diciendo:

—Écheles un vistazo usted mismo.

Aquel hombre tenía razón.

—Debe de tener mal el *flash* —le dijo.

—No, amigo. No es eso… —murmuró Tom—. Lo que ocurre es que he fotografiado la casa de un fantasma. ¿Sabe? No es necesario que revele el carrete que acabo de entregarle. Sería inútil.

Y abandonó la tienda completamente decepcionado.

Al salir, pudo comprobar la hostilidad que había despertado entre las gentes del aquel pueblo.

Todo el mundo le volvía la espalda.

Vio venir hacia él a Spooner en una bicicleta.

—¿Ha vuelto su amiga? —le preguntó deteniéndose junto a Tom.

—Todavía no.

—Pues llámela por teléfono y dígale que no aparezca más por aquí. Los ánimos están un poco encrespados.

—Ya me he dado cuenta.

—Es por el bien de esa chica, ¿sabe?

—Gracias, agente.

Éste le explicó:

—Ahora voy a la granja de los Corben. Conviene echar un vistazo por allí.

—Un momento, ¿es qué aún quedan parientes de Judith en Susexford?

—En efecto. Mike Corben y su sobrino Pat. Y los del pueblo temen que pueda ocurrirles algo. Por eso me dirijo ahora a la granja. No es que yo crea en esas paparruchadas que se cuentan por aquí, pero conviene tomar precauciones. Cuando se convive durante tanto tiempo con gente rara, uno acaba contagiándose.

—¿Puedo acompañarle?

—De acuerdo.

—Iremos en mi coche.

Mike Corben comenzaba a estar preocupado por la tardanza de su sobrino. Pat era un muchacho responsable y aquélla era la primera vez que se retrasaba.

Temeroso de que hubiera podido sufrir algún accidente, subió a su *jeep* y se dirigió al río.

Mientras el hombre estaba atravesando el bosque, unos espesos nubarrones procedentes del norte, cubrieron el sol.

—Pronto habrá tormenta —se dijo.

Debía darse prisa en encontrar a Pat y regresar a la granja puesto que en aquel lugar las tormentas solían ser bastante intensas y no le agradaba la idea de quedar atrapado a mitad de camino.

Detuvo el *jeep* en el lugar donde su sobrino solía bañarse y el hecho de no encontrarle por allí aumentó aún más su inquietud.

—¡Pat! —gritó—. ¡Pat!

Pero no obtuvo respuesta.

Pensó entonces que podía haberse dirigido a otra zona del río, posiblemente a una en la que había abundantes rocas o, a lo mejor, se había encontrado con algún amigo.

De repente, su corazón se paralizó.

—Dios bendito —murmuró aterrado.

La muchacha del vestido blanco había aparecido de improviso. Su parecido con Judith era tal que de no saber que había muerto hacía cien años hubiera pensado que se trataba de ella.

Mike Corben retrocedió, pálido, tembloroso.

¡Estaba viviendo una pesadilla!

—¿Quién… es usted? —balbució.

—¡Judith Corben! —se rió ella. Su sonrisa era extraña, maligna.

—¿Judith? ¡Oh, no! —El hombre movió la cabeza cada vez más aterrado—. Eso no es posible… Me está tomando el pelo, señorita.

—¿No me crees? Pues acércate a comprobarlo.

—¡No!

—Bueno, entonces me acercaré yo… —Y la muchacha avanzó lentamente hacia él.

Mike descubrió un extraño brillo en sus ojos, un brillo asesino.

Ahora, Mike tenía tan cerca a la muchacha que con sólo alargar

un poco el brazo hubiera podido tocarla. Pero no hizo tal cosa porque estaba petrificado, porque sentía un miedo pavoroso.

—Estás buscando a Pat, ¿no es cierto?

—¿Cómo lo sabes?

—Lo sé.

—¿Le has visto?

—Sí, le he visto —la sonrisa de ella se ensanchó. Tenía unos dientes afilados.

Mike Corben sintió entonces un escalofrío. Acababa de imaginar algo terrible.

—¿Dónde está? —balbució—. ¿Dónde está mi sobrino?

—¿De verdad quieres verle? Pues ven conmigo.

La siguió hasta unos matorrales.

—Ahí le tienes.

Pero *aquello* no podía ser Pat. Era imposible. Aquella masa de carne destrozada y sanguinolenta no podía ser su querido sobrino.

Se volvió a la muchacha, temblando de odio.

—Tú le has matado…

—Sí, Mike.

—¡Hija de perra!

Todo el miedo de Mike Corben se había convertido en un odio feroz e incontrolado. Le traía sin cuidado que aquella mujer fuese o no la reencarnación de Judith Corben y que se estuviera cumpliendo la maldición del Duque de Hardin. Ahora, en lo único que pensaba era en vengar la muerte de su sobrino, aunque para ello tuviese que enfrentarse al mismo diablo en persona.

Agarró por el cuello a la muchacha y apretó salvajemente, sin compasión. Nunca imaginó que ella tuviera la fuerza suficiente para reaccionar. Pero así fue. Arañó ferozmente el rostro de Mike obligándole a soltar un aullido de dolor.

El hombre retrocedió, tambaleándose, con ambas manos en la cara y, cuando poco después las apartó, vio que ella se le venía encima como una fiera.

Notó el primer mordisco en el cuello y que la sangre le manaba a borbotones.

Aquella bestia le había seccionado una de las carótidas.

CAPÍTULO 14

Nada más llegar a la granja de los Corben, comenzó a llover con intensidad.

El agente llamó al timbre de la casa pero, al no recibir ninguna respuesta, empujó la puerta.

—¡Señor Corben! —llamó—. Soy el agente Spooner.

El policía se volvió a Tom.

—Parece que no hay nadie.

—En ese caso podemos regresar.

Spooner miró con recelo a su alrededor.

—Es raro que no haya en casa ninguno de los dos. Pero en fin, es posible que hayan ido a hacer alguna diligencia a Susexford. De todos modos…

—¿Qué?

—Deberíamos habernos cruzado con ellos por el camino.

—Quizá no hayan ido a Susexford.

—Sí, también es posible. Puede que hayan ido a visitar a algún vecino. Aunque es extraño que hayan dejado la casa abandonada. De acuerdo, regresemos.

Corrieron hacia el coche. La lluvia se había intensificado y el cielo se iluminó con un espectacular relámpago.

En el instante en que Tom iba a entrar en el vehículo, creyó ver algo en el bosque, a lo lejos. Era una mujer con un vestido blanco.

—Mónica… —susurró.

Corrió hacia ella dejando al atónito Spooner en el interior del coche sin saber qué hacer.

Abrió la portezuela del mismo y gritó:

—¿A dónde diablos va?

Pero Tom no respondió y siguió corriendo. Era preciso que la encontrara, que hablase con ella.

Sin embargo, había perdido su rastro.

—¡Mónica! —gritó—. ¡Mónica!

Siguió buscándola pero todo fue inútil.

Era como si se la hubiera tragado la tierra.

Vio entonces que se aproximaba su coche. Spooner lo conducía con cierta torpeza.

Frenó y sacó la cabeza por la ventanilla.

—¿Se puede saber qué diablos le ocurre, señor Brian?

—Acabo de ver a Mónica.

—¿Su compañera?

—Sí.

—¿Ya ha regresado de Londres?

—¡No ha ido a Londres!

—Pero usted me dijo…

—¡Mierda! ¡Qué importa lo que yo le dijera, Spooner!

Tom se metió en el coche.

—Acabo de tener un terrible presentimiento…

El agente le miró con atención.

—¿Un presentimiento? —repitió—. ¿Qué clase de presentimiento, señor Brian?

—Vamos a buscar a los Corben.

Tardaron apenas diez minutos en encontrar ambos cuerpos.

Spooner sintió náuseas y fue a vomitar. Tom se quedó junto a los dos cadáveres, mirándoles como hipnotizado.

Ni siquiera sentía la lluvia cayendo sobre él.

—¡Ha sido su amiga! —Oyó que gritaba el policía.

—Se equivoca, Spooner. No ha sido ella. ¡Ha sido el Duque de Hardin! Él le ha ordenado que lo hiciera…

—Vamos, vamos, señor Brian, no me venga con cuentos. ¿O va a decirme que también cree en esas estupideces?

—¡Sí, porque lo he visto con mis propios ojos!

—No irá a decirme que ha visto al Duque…

—No. Pero he oído su voz, Spooner.

—¿Me toma por idiota?

—¡Se lo juro!

—¿Cuándo?

—¿Qué importa cuándo? Spooner, mi amiga está bajo la influencia diabólica de Hardin. Tiene que creerme. Ella no es dueña de sus actos. Se limita a hacer lo que él le ordena. Tenemos que

protegerla.

—¿Tenemos?

—Sí. Oiga, tiene que ayudarme. Tenemos que ir a esa mansión y arrancarla de allí.

—¡Por favor, señor Brian! —gritó el agente—. ¡Basta de decir tonterías! Esa mansión está cerrada hace más de cien años. ¡Está vacía! Allí no vive nadie. ¡Nadie!

—Eso es lo que usted se cree. Allí están Hardin y su mayordomo, Spooner. Sus fantasmas vagan por la mansión. La única persona que puede verlos es mi amiga. ¿Es que no lo entiende? ¡Su extraordinario parecido con Judith Corben ha hecho que el Duque la utilice para consumar su venganza eliminando a los dos únicos familiares de la muchacha que quedaban en Susexford!

—Yo sólo sé una cosa, señor Brian —replicó el agente—, que su amiga ha matado al pobre Mike y a Pat. Todo lo demás son cuentos chinos para mí, ¿comprende? Así que voy a detenerla y luego ya se aclarará todo.

Spooner se encaminó hacia el cuerpo de Mike.

O lo que quedaba de él.

Sufrió una violenta arcada, pero se repuso rápidamente y se volvió hacia Tom.

—¿Va a ayudarme a meterlos en el coche o no?

Brian respondió con un gruñido afirmativo.

La voz corrió por el pueblo como un reguero de pólvora.

¡Judith Corben, reencarnada en aquella forastera, había dado cruelmente muerte a Mike y a su sobrino!

Spooner, que había dejado los dos cuerpos destrozados envueltos en sendas mantas en un pequeño cuarto que servía de calabozo, avisó rápidamente al forense, el cual vivía en Hampton, una pequeña ciudad a cinco millas de Susexford.

Después, con mano trémula, sacó la botella de *whisky* y sirvió un vaso para él y otro para Tom, que estaba sentado en un banco, abatido, escuchando los inquietantes rumores que se oían en la calle.

—No se preocupe —le dijo Spooner—. He cerrado la puerta. Aquí no va a entrar nadie.

—No estoy preocupado por mí —respondió Tom—. Es Mónica

quien me preocupa.

—A mi también —respondió el agente—. ¿Sabe, señor Brian? Esos palurdos que hay ahí afuera están clamando venganza. ¿No los oye? Yo sí. Quieren sangre. La sangre de su amiga.

—Se lo he dicho antes, Spooner —replicó Tom—. Tenemos que sacarla de la mansión y protegerla. O por lo menos, si usted no quiere ir, déjeme hacerlo a mí.

Spooner negó:

—Ni hablar de eso, amigo. Iremos los dos. Pero no ahora. Cuando se haga de noche. Es más seguro.

—Para entonces, es posible que ya sea demasiado tarde, Spooner.

Éste respondió:

—Ahora no puedo moverme de aquí. Estoy esperando al forense. Voy a llamar a mi compañero. Le pediré que venga y luego podremos irnos, señor Brian.

Alguien golpeó furiosamente en la puerta de la calle.

—¡Abre, Spooner! —Era la desquiciada voz de aquella mujer de la posada—. ¡Abre o echaremos la puerta abajo!

El agente gruñó:

—Son muy capaces de hacerlo. Iré a hablar con ellos.

Abrió y se enfrentó a la docena de personas que se había congregado allí, capitaneados por la mujer.

—¿Qué diablos queréis? —les preguntó el agente colocando los brazos en jarras.

—A la forastera —replicó la vieja lechuza de la posada.

—Eso es cosa mía, y os advierto que, si seguís con vuestra actitud, soy capaz de encerraros a todos.

A Tom le parecía estar viviendo una pesadilla. Era totalmente inadmisible que en pleno 1984 hubiera alguien que se comportara como hacía cien años.

Cada vez estaba más convencido de que si él no salvaba a Mónica, no lo haría nadie. La muchacha no tenía la culpa de nada. Y por lo tanto, no podía ser condenada por algo que no había hecho *voluntariamente*. Pero era casi seguro que ningún tribunal aceptaría dicha circunstancia. ¿Cómo convencerles de que había actuado influenciada por la voluntad de un fantasma?

Vio entonces que a su derecha había una ventana.

Aprovechando que Spooner le daba la espalda, fue hacia ella y la abrió. Se encaramó y saltó al otro lado.

Fue a caer a un patio.

Luego, emprendió una loca carrera hacia su automóvil. Se metió en él y lo puso en marcha. Arrancó a toda velocidad consiguiendo que las ruedas chirriasen. Eso fue lo que llamó la atención de Spooner y de todos los demás.

—¡Ese maldito bastardo! —gritó el agente.

Todos se pusieron en movimiento.

La suerte de Mónica Simpson estaba echada.

EPÍLOGO

Estaba tan acostumbrado a deslizarse por la rampa de la carbonera que casi se había convertido en un hábito.

Pero ahora, después de su última visita a la mansión, conocía bien el camino, así que no le fue difícil llegar al enorme vestíbulo y, una vez en él, subió por aquella escalera.

—¡Mónica! —gritó.

No obtuvo ninguna respuesta.

Empujó la puerta de la habitación en la que la había sorprendido en la invisible compañía del Duque y su corazón experimentó una enorme alegría cuando la vio echada en la cama, con las piernas encogidas, durmiendo plácidamente.

Llevaba puesto el vestido blanco de Judith Corben y los cabellos, revueltos, cubrían en buena parte su hermoso pero pálido rostro.

La zarandeó suavemente.

Y susurró:

—Mónica…

La muchacha gimió algo y abrió los ojos. Sonrió al ver a Tom. Su sonrisa volvía a ser como antes y había desaparecido toda crispación en sus facciones.

Aquélla era la Mónica que había ido a su casa con aquellos manuscritos, decidida a todo. Y Tom se alegró hasta lo más profundo de su alma por haberla recuperado.

—¿Cómo te sientes? —le preguntó.

—Terriblemente cansada. Es como si hubiera estado caminando sin parar días y días…

—Pronto te pondrás bien. Yo me encargaré de ello. Pero ahora tenemos que salir inmediatamente de aquí. Estás en peligro.

—¿El Duque…?

—No. Él se ha marchado para siempre después de haber cumplido su venganza. Ya no hay que temerle. Ahora, el peligro

está en los habitantes de Susexford.

—¿Por qué, Tom?

—Es una larga historia. Te la contaré por el camino.

La ayudó a levantarse y abandonaron la habitación. Bajaron rápidamente la escalera y Tom abrió la puerta. Sin embargo, antes de salir, le hizo una indicación a la muchacha para que esperara. Echó un vistazo afuera.

—Vía libre —dijo después tendiendo una mano a Mónica—. ¡Vamos!

Cruzaron corriendo la explanada y descendieron por la pendiente que formaba el sendero, ahora convertido en un barrizal a causa de la lluvia que afortunadamente hacía un buen rato que había dejado de caer.

De repente, les vieron venir.

Media docena de vehículos avanzaban a toda velocidad por la carretera.

—¡Tenemos que alcanzar el coche antes de que lleguen, Mónica! —gritó Tom tirando de ella.

En su loca carrera, la muchacha tropezó con una piedra y perdió el equilibrio. Cayó de rodillas al suelo.

Tom se revolvió y la ayudó a levantarse.

—¡Vamos, hay que largarse de aquí cuanto antes!

Dejaron atrás el sendero y corrieron a toda velocidad en dirección al coche de Tom, pero los otros también habían avanzado lo suyo y se estaban aproximando peligrosamente.

Prácticamente saltaron al interior del vehículo y Tom lo puso en marcha, pero el motor comenzó a fallar.

—¡No! —gritó él—. ¡Ahora no, maldita sea! ¡Ahora no!

Insistió de nuevo.

Pero el motor siguió fallando.

Miró por el espejo retrovisor. Aquellos locos de Susexford se les estaban echando encima.

Por fin consiguió poner el coche en marcha y salió disparado. Aquél era un buen vehículo y alcanzaba fácilmente los ciento cincuenta. Aquello les sirvió de mucho para dejar atrás a sus perseguidores.

—¡Lo hemos conseguido, nena! —exclamó Tom—. Ya no tienes nada que temer. ¡Estás a salvo!

El que no estaba a salvo era él.

Porque, de haber vuelto la cabeza, Tom Brian habría descubierto algo terrible.

Un rostro diabólicamente crispado y unos dientes tan afilados como los de una piraña.

FIN

Si le atrae lo desconocido
GALAXIA 2000
colmará sus aficiones

Si desea saber cómo puede ser la vida en otros mundos
GALAXIA 2000
le informará

Si su fantasía le lleva a evadirse de este siglo XX
GALAXIA 2000
le transportará al futuro

La imaginación de los grandes AUTORES puesta a su servicio en sus mejores obras,rigurosamente inéditas, que hallará en la Colección
GALAXIA 2000

CUATRO SERIES
en las que sólo tienen cabida obras
RIGUROSAMENTE INEDITAS
de los autores de mayor prestigio

Serie ciencia ficción
GALAXIA 2000

Serie oeste
MUSTANG

Serie policíaca
TOP SECRET

Serie terror
THANATOS

75 ptas.